

SELECTA



REVISTA MENSUAL

ABRIL

AÑO II-N.º I

I PESO



CAMPO, PLAYA

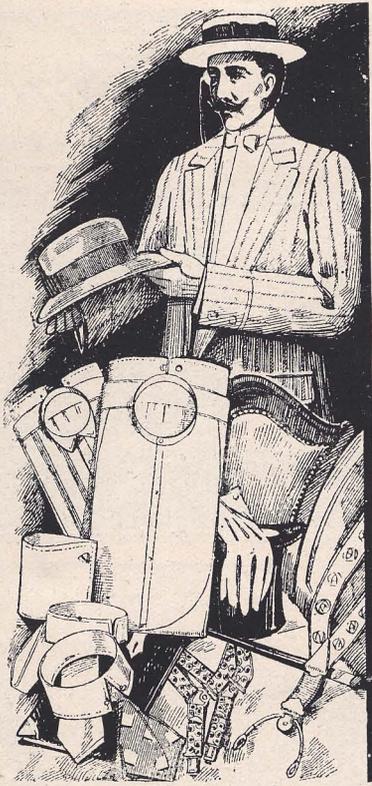
EMBALAJE Y

Provisiones, Conservas, Licores finos. Por mayor descuento 5 por ciento. Toda mercadería puesta libre estación Alameda. CONDUCCION GRATIS

Importadores HAYES y Co.
CALLE ESTADO ESQ. AGUSTINAS
Casilla número 6



No se necesita ser un Morgan para convertirse en un hombre elegante. Basta estar bien enterado de donde le conviene hacer sus compras. Nosotros le ofrecemos artículos de novedad y de buen gusto, y le garantizamos que ha de gastar 50% menos y comprará artículos Superiores por todos conceptos :: ::



Sarxeria, Popa Hecha, Camisería y Sombrereria

La Matritense

ESTADO 98 esq. MONEDA

GARCIA y PALACIO

INDICE

DE

SELECTA

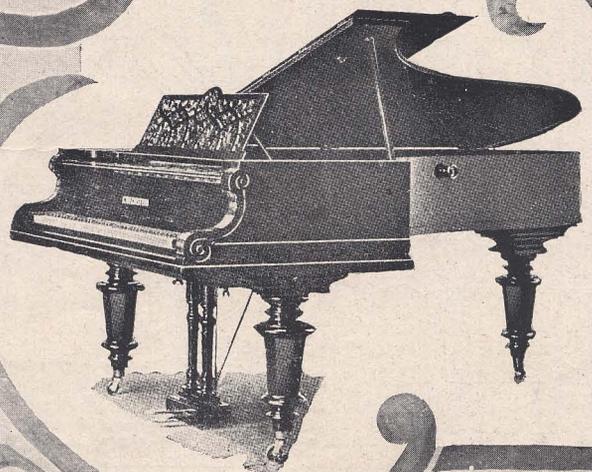


Con el presente número incluimos en pliego separado el Índice de SELECTA, para la encuadernación del primer tomo.



PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION



Existencia permanente de 250 Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago:
ADOLFO CONRADO, Estado 375

VALPARAISO

Depósito en Concepción:
ADOLFO STEGMANN

El mejor locador automático de piano LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir, de escritura muy visible

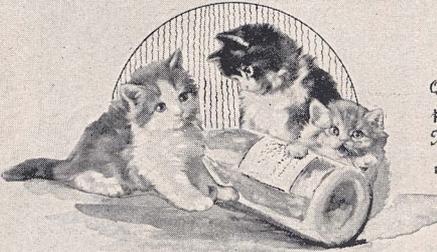
Cosme Vitagliano y C^o
 Importadores de Casimires
 Perú — Chile — Ecuador
 Valparaiso 168, Victoria 168 Santiago III, Estado III
 Siempre nuevos arribos.
 Esta casa tiene las mas altas novedades en Casimires Ingleses.
 Constantemente enorme surtido.
 Ventas por mayor y menor a precio sin competencia III, Estado III
 casi esquina Alameda.

Casa Grain Band
 Importadora de
 Gramófonos y Fonógrafos
 de las principales marcas del mundo. Discos cantados por los principales artistas del mundo.

 909, Huérfanos, 909


Sastreria L. Correa
 Recibe constantemente las ultimas novedades directamente de Londres.
 Especialidad en obras de lujo.
 Catedral, 1285

puede Ud decir que
 donde Riddel
 encontrarán el
 mejor surtido para
 Senoras, Caballeros
 y Niños.
 266, Estado, 266


Agua de Colonia de Flores
 A tres pesos litro, media botella un peso 50¢

 Quince mil litros de produccion al año.
 No fué enviada a ninguna Exposición.
Agua de Colonia tipo Atkinson
 Un peso frasco, tres frascos por dos pesos 50¢
 Laboratorio Perez Barahona
 Portal Fernandez Concha, 313 - Casilla N.º 2146 - Santiago


La Malla Pouget
 Ultima creacion de la Maison Pouget.

La Pelojeria y Joyeria
 de
José Huber y Cia
 está a disposicion del publico.
 323, Ahumada, 323
 al lado del Hotel Ocho

SELECTA

Revista Mensual Artística Editada por la Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

UN AÑO.....	\$ 10.00
SEIS MESES.....	5.50
NUMERO SUELTO.....	1.00



SELECTA

REVISTA
MENSUAL

AÑO II

Abril 1910-1911

“SELECTA”

Índice del II Año * Abril de 1910 = Abril de 1911

	Págs.		Págs.		Págs.
TEXTO					
Hechos y notas, Luis Orrego Luco	2	El Valor en el Arte, por A. Bórquez Solar	171	Don Ramón Barros Luco, por F. R.	328
Dos retratos inéditos de Nattier	3	Los Intereses Creados, por Iris	174	La Cadena, por Martín Escobar	330
Oscar Wilde, por Esteban Curcio	4	La Manufactura de Sevres	176	Hechos y Notas, por L. O. L.	336
Conversando sobre Arte. Nicanor Plaza por Richon-Brunet	8	El Choclo de Chile, por Inocencio Conchallí	179	Membreño en la Corte, por E. Rodríguez Mendoza	337
Lago de mis recuerdos: Wino	10	Un Entierro, por S. Rusiñol	181	La que amaba	339
Maipú, por A. Bradomín	11	El último Jefe Español en Arauco, por E. Toro	186	La Revolución Portuguesa, por A. de Bradomín	341
Luis Navarrete	14	Triste Episodio de Nuestra Historia, por Enervan	189	Las Blancuras Sagradas, por Miguel L. Rocuant	347
El primer beso, por Francisco de B. Cifuentes	15	Rochild, por Evangelina	192	Emerson	348
De Verano. S. del Mar	18	Don Eusebio Lillo	193	Impresiones y Recuerdos de la Campaña del Perú, por Clemente Larraín	354
La Ciudad de Santiago, por Benjamín Vicuña Subercaseaux	19	Rosina Storchio	195	Periodistas de Antaño, por S. del Mar	358
Los grandes estudios en la Argentina. Fantasías en Prosa, S. Rodríguez C.	26	Desde mi tierra, por E. de la Barra Orellana	196	Observaciones, Jacobo Edén	361
Marina, por S. Rusiñol	28	Alberto Belle-Roche	200	En Nazareth, por Selwa Lagerloff	362
Filosofía Optimista	29	Juan de Dios Peza, por Antonio Orrego Barros	204	León Tolstoy, por F. R.	364
Chalets Modernos. Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco	35	El llanto	206	La Canción de la Huerta, por F. Medina	366
La Ciudad de Buenos Aires, F. R.	37	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco	208	Fases de la vida de O'Higgins	369
San Martín, Mitre	41	La Manufactura de Sevres	210	Las Memorias del Marqués	372
El Camarote, por Rafael Obligado	46	El Apóstol, por Jacobo Edén	212	La Larva, por R. Darío	374
Las grandes personalidades argentinas. Un Duelo histórico	49	El Siéyes de la Revolución Chilena, por Benjamín Vicuña Subercaseaux	215	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco	378
Los Hombres Representativos de la República Argentina	50	La Eterna Sed, por F. Santiván	217	Las Blancuras Sagradas, por Miguel Luis Rocuant	381
A propósito del Centenario Argentino	54	Alfredo Austin, por Miguel Luis Rocuant	220	La Mariposa, por E. Pardo Bazan	384
Una página de Historia Argentina Contemporánea	56	Notas Lejanas, por A. C. Espejo	221	Ansia, por Antonio Orrego Barros	386
Sancho Boticelli	60	Conversando sobre Arte, por Richon-Brunet	223	La Casa del Silencio, por S. Rusiñol	387
Mark Twain	62	La jornada de una dama romana	234	La Marquesa, el Conde y el Barón, por Saverrá	389
El Retrato	63	Una actriz como hay pocas, por E. Gómez Carrillo	237	Litorales Portugueses, por Benjamín Vicuña Subercaseaux	393
Los Líricos y los Epicos, Miguel Luis Rocuant	64	La Charca, por S. Labarca Hubertson	241	Borgia, por Alvaro Bradomín	397
Arte Dramático Español, S. C.	67	La Epopeya Olvidada, por A. Bórquez Solar	241	Monumento á un Poeta, por Guillermo Muñoz Medina	402
El Egipto	69	Chile á través del Siglo	245	Un cuadro Histórico de Pedro Subercaseaux, por Benjamín Vicuña S.	405
Un baile de fantasía en Santiago	73	Hechos y Notas	250	Sobre la pretendida inferioridad mental de la Mujer, por Víctor Delfino	409
Un Pintor de Jardines, Rusiñol	76	El viejo Arbol, F. Santiván	251	El Dominio de los Aires, por F. Ruiz	413
La Fiesta del Fuego, J. M. Perlaza	78	El Tiempo	255	Crónicas del Siglo XII, por C. Florisorne	415
Santa Inés	80	Las Ignoradas, poesía de Miguel Luis Rocuant	257	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco	422
Filosofía Optimista	82	Las Blancuras Sagradas, por M. L. Rocuant	260	El Mundo á Veinte Kilómetros, por Bradomín	424
Libros nuevos	82	Conversando sobre Arte, por Richon-Brunet	261	La Cruz de Piedra, por Ricardo J. Catterineu	430
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco	87	Poetas Colombianos, por Luis Cano	263	Conversando sobre Arte, por Richon-Brunet	432
Un gran Duelo, Fernán R.	88	Cuento, por Saverrá	267	Los Frescos de Tiépolo, por F. Ruiz	438
El Amor á la Naturaleza, por A. Bórquez Solar	94	Sin querer	268	Perdido en la Viña, por Luis Cano	444
Un Velásquez discutido	96	El Abate Gaffre	270	Las Blancuras Sagradas, por Miguel Luis Rocuant	447
El Culpismo Dorado, S. del Mar	97	La Exposición Internacional de Bellas Artes, por Pedro Lira	271	El Museo de Stibbert en Florencia	449
Nuestros paisajistas, por J. Fabres	98	La Intoxicación Amorosa	274	Los que bailan, por Angel C. Espejo	456
Un Idilio	100	El Húsar de Galicia, por Benjamín Vicuña S.	277	Hechos y Notas, por Luis Orrego Luco	458
Camilo Lefevre	105	La Exposición del Coloniaje en 1873, por Anticuário	282	María Pía de Saboya y Amelia de Orleans, por Ester Prieto de Dell'Orto	406
Una Tarde Mística	107	El Topón, por Antonio Orrego B.	286	Diálogo con una Estatua, por Carlos Silva Vildósola	463
Frescos pintados por Pablo Soidano	109	Idilio Roto, por S. Rodríguez	289	El Secreto	466
Jueves Santo, Sombra	111	Hechos y Notas, por Luis Orrego L.	294	Las Blancuras Sagradas, por Miguel Luis Rocuant	467
Cartas á Paquita, por Onda	113	Las dos Ultimas Obras de Alberto Insua, por A. Labarca Hubertson	296	Resurrección de una Obra Maestra	471
El Templo de la Felicidad, por Wini	114	La Pasión del Fuego, por Anatole France	297	Breviario de una Vida Honorable, por Antonio Bórquez Solar	476
Los últimos años de un soberano de la elegancia, por A. Bradomín	116	El Drama Contemporáneo y el Académico Brioux, por F. Ruiz	298	Conversando sobre Arte, por Richon-B.	482
Don Guillermo Matta, por Miguel Luis Rocuant	119	Los Descendientes de los Próceres de la Independencia, por H. D. A.	299	El Idolo, por Wini	484
Crónicas del Centenario, por Benjamín Vicuña Subercaseaux	121	Alma de Muñeca	302	Cosas Vividas, por Foreign	486
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco	127	El Día de los Muertos, por Sombra	304		
Del Verdadero y Falso Feminismo, por Eleodoro Astorquiza	129	Allá van, por J. Pérez	306		
Pensamientos de Ibsen	133	La Vida es Tristeza	307		
Historia Trágica, por Juan Lorrain	134	El Ultimo Romance de Gabriel D'Annunzio	308		
El último libro de Sorki	138	Ana Soror, por Julio Lemaître	311		
René Quillivic	140	El Matrimonio de Telémaco	313		
Los feudos del sur de Chile, por Saverrá	142	El Escudo de Chile	315		
A propósito de Eleonora Dusse, por E. Zamacois	146	Representación de Peleas y Melisandre, por Maeterlink	317		
Los Héros, por Miguel Luis Rocuant	148	Variaciones sobre uno de los motivos de Roteo, por A. Bórquez Solar	320		
Flores de las Selvas, por Wini	151	Las Blancuras Sagradas, por Miguel Luis Rocuant	326		
Jacinto Benavente, por G. del Mar	153				
Un Examen de Conciencia, por Manuel Mackenna S.	155				
Crónicas del centenario, por B. Vicuña S.	157				
Hechos y Notas, por L. O. L.	163				
El Pintor de Quo Vadis	164				

GRABADOS

Madame Bonnier, por J. M. Nattier	1
Retrato de Beaumchais, por J. M. Nattier	2
Paisaje Chileno, acuarela de Helsby	3
Un Five O'clock de M. S. Cayron	7
Estatuas de N. Plaza, páginas 8 y	9
Patio Sevillano, cuadro en colores de García Ramos	14
Luis Navarrete, retrato	14
La Sopa de Descelles	15

Págs.		Págs.		Págs.
17	Vista del Cabo Cornwall, cuadro en colores de Hans Bartels	145	Retrato de la señora Carmela Mackenna de C.	297
21	Plano del antiguo Santiago	146	Descanso del modelo, cuadro de A. Marina	301
22	Sheridan, cuadro de M. Dicksee	147	El frío en el Convento, cuadro de Krutznher.	303
23	Monumento á Cristóbal Colón	148	La Barricada, cuadro de Detaille	307
24	Estatua de Mitre	149	Ante el Tribunal, cuadro de Kenington.	313
25	La Bailadora, estatua de Benlliure	153	Jacinto Benavente	316
26	Las dos Hermanas, cuadro de Friant	156	Un Examen de Conciencia	321
27	Parsifal, cuadro de Hernán Prell	132	La Primera Comuni6n, (en colores), cuadro de W. Fisler	323
29	Mr. Elihu Root	150	Una casa en Sevilla (colores)	324
31	Amoroso Intermedio	162	La Barca en el Puerto, de Mas y Fondavilla (en colores).	325
33	Chalets Modernos, páginas 32 y 33	164	Una Mística, cuadro de Field	326
34	El Libertador San Martín	171	El Pintor de Quo Vadis	327
36	El Cristo de los Andes	171	El recién llegado, cuadro de Walter Danglel.	329
37	Buenos Aires en 1802	172	La hora de los Niños, cuadro de A. Chevalier.	355
38	Plaza de la Concepci6n	173	Retrato de la señora H., cuadro de Marcel Bascher	340
39	Buenos Aires en 1856	174	Alberto, Rey de Bélgica	346
40	Avenida de Mayo	176	Emilio Thuillier	349
41	San Martín	179	La Manufactura de Sevres	351
42	Dormitorio de San Martín	186	El Choclo de Chile	353
47	Domingo F. Sarmiento	187	El Maestro de Escuela	357
48	Bartolomé Mitre	189	Bajo las ramas, cuadro de Paul Chabes.	360
50	General Las Heras	190	Una reparación urgente, cuadro de A. Guillaume	361
50	Justo Urquiza	190	Cabeza de Mujer, cuadro de Leroux	363
51	Nicolás Rodríguez Peña	191	Toma de velo, cuadro de E. Renard	367
51	Rivadavia	192	Peleas y Melisandro, cuadro de E. Blair Leighton	368
51	Juan Martín Puyrred6n	193	Partida de Voluntarios en 1791, cuadro de E. Boutigny	369
52	Bernardo Irigoyen	194	Don Eusebio Lillo, retrato	371
52	Nicolás Avellaneda	200	Ensayo del Himno Argentino en 1812, cuadro de P. Subercaseaux	377
52	Manuel Quintana	203	Alberto Belle Roche	379
53	Carlos Pellegrini	167	Hacienda Los Nogales	380
55	Lorenzo Anad6n	199	Ursus aplastando el Toro (en colores).	383
60	La Primavera de Sancho Boticelli	207	Adoradores de Baco, Graner.	385
62	Mark-Twain	209	Fabricante de Encaje	388
63	Después de un día de ruda labor	214	La Belleza en los Teatros de Londres.	392
64	Don Luis Rodríguez Velazco	217	Caricias de Amor Infantil	397
66	La Visita, cuadro de Wander Way	218	La Reina Luisa y Napole6n	399
67	Rosario Pino	233	Risas de Niños	401
74	El Verano, cuadro de Sorolla	236	Los Clásicos, cuadro de Velásquez	404
75	Puede ser, cuadro de Struys	239	El Cristo Niño, cuadro de Eroti	406
80	La Fiesta del Fuego, ilustraci6n de P. Subercaseaux.	240	Las luchas del Circo	407
71	Santa Inés, el Criadero	242	E. S. Figueroa A. Presidente Argentino.	411
88	Una calle del Cairo	243	Ulises y las Sirenas	421
90	Juramento de la Primera Junta Argentina, inserci6n en colores.	245	Venados en el Bosque	423
90	S. M. Eduardo VII	245	La Procesi6n, de Bromley	425
90	S. M. el Rey Jorge	245	Combate de Casma, de A. Casanova	426
90	S. M. la Reina Victoria	230	Tricromías de Antonio Smith, A. Orrego L., Onofre Jarpa, Alfredo Helsby, Rafael Correa, Valenzuela Llanos, Pedro Subercaseaux, B. Rebolledo, páginas 223 á	429
95	El Té, cuadro de Ricardo Miller	249	Miss Gabrielle Ray	430
95	En la puerta del Calabozo, cuadro de A. Fabre	256	Las Ignoradas, cuadro de Rebolledo C.	431
96	La Venus con el Espejo, cuadro de Velásquez	259	El Descendimiento, escultura de Arias.	432
96	El Coleccionista, de Savarni	267	Paisaje de Otoño, cuadro de Eugenio Guzmán O.	433
97	Dibujo al carb6n de A. Valenzuela Llanos	268	El Rinc6n de los Carboneros, cuadro de Rousseau	434
99	Paisaje, por id.	271	Antiguo Puente de Cal y Canto, cuadro de Ramón Subercaseaux	435
99	Cruzando el Claro, fotografía artística.	273	El Biombo Dorado, cuadro de William Metcald	437
101	La Espera, cuadro de Paul Ehrhardt	274	Una belleza de Francia, cuadro de S. C. Wilmhurst	438
101	La Fruta Prohibida, cuadro de F. Ralli.	274	El Martirio de San Sebastián, cuadro de Lemoine	439
101	La excomuni6n de Roberto el Piadoso, cuadro de S. P. Laurens	275	Cacería de Leones, Delacroix	440
103	Retrato de Camilo Lefevre, por Carrier.	277	Retrato de J. Miguel Carrera	441
105	Cabeza de Estudio por C. Lefevre	281	Primavera, de Roseland	443
106	En la calle, escultura del mismo	285	Ruca de Araucanos, por Mochi	447
108	La Venus de Cánova	286	Cabeza original, cuadro de A. H. Zanñartu	451
111	Jueves Santo, ilustraciones de P. Subercaseaux	287	La Archiduquesa María Raimer, cuadro de E. M. Peter	457
112	San Jorge matando el drag6n	288	La Fundaci6n de Buenos Aires, por Moreno Carbonero	461
113	Los Huérfanos, cuadro de Teófilo Patine.	293	Cabeza de Estudio, por A. Savini	464
113	El Templo de la Felicidad, ilustraci6n de Pedro Subercaseaux	295	La Madre, escultura de Lefevre	470
114	Guillermo Matta			470
119	La Ciudad de Santiago			475
121	Cuadros en colores:			477
93	Un alto en la Posada, de Meissonier			478
126	Plaza de Nerma, de Valenzuela Llanos.			481
126	Retrato de Madame A., por La Sándara			480
128	21 de Mayo de 1810, cuadro de P. Subercaseaux			
129	La Domestica			
130	"La Noche se deslizaba en el Mar."			
133	Paolo y Francesca			
135	Historia Trágica			
140	Sorky			
140	Esculturas de Quillivic			
142	Los Feudos del Sur de Chile			



SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 1

EMPRESA ZIG-ZAG
EDTS. PROPIETARIOS:

Santiago de Chile, Abril de 1910

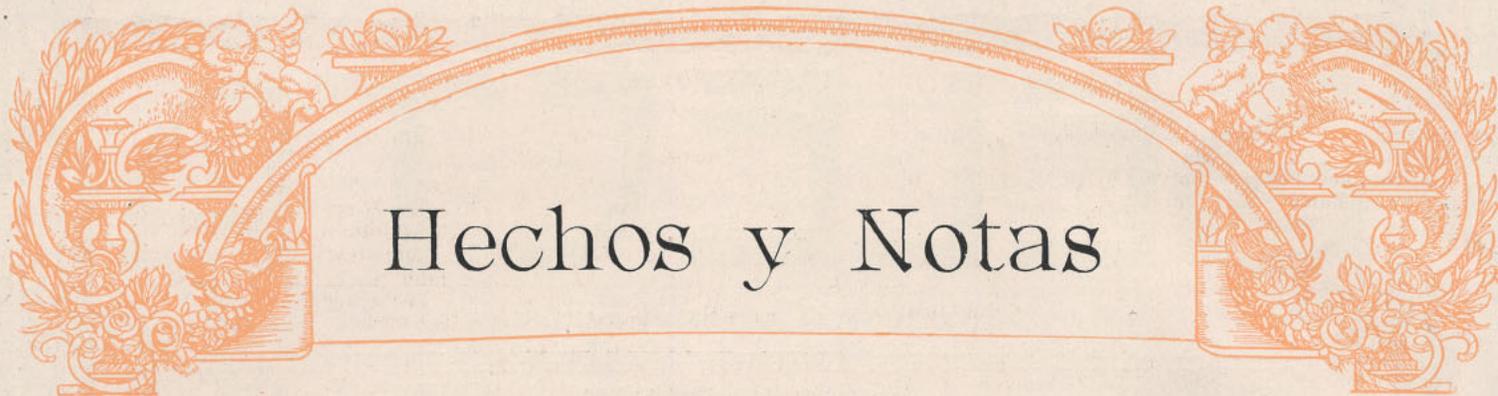
DIRECCION:
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



J. M. NATIER

Mme. Bonier de la Mosson.



Hechos y Notas

LA vida santiaguina, á pesar de todas nuestras pretensiones, guarda todavía mucho de su carácter colonial. Según me decía Blasco Ibáñez, en parte alguna de América había encontrado, en tan señalada forma como en Santiago de Chile, ese viejo y pintoresco tono, ese carácter original y vetusto de las ciudades españolas, en las cuales, á la vuelta de una vieja iglesia, como Santo Domingo, uno espera ver surgir, en noche oscura, la fisonomía arrogante y desdeñosa de Don Juan Tenorio, resuelto á perseguir, por callejuelas y encrucijadas, á la dama misteriosa recubierta de su velo, que oculta, detrás de las esbeltas líneas de un cuerpo admirable y de una silueta seductora, el esqueleto espantoso de la muerte. Los edificios modernos de tres pisos parecen surgir de todas partes, hoy día, como por obra de magia. Las calles se embellecen; las construcciones comienzan á tener estilo; se enriquecen los arquitectos, y nos encontramos lejos del tiempo en que el constructor del Palacio de Moneda, una celebridad de la época, ganaba solamente sesenta pesos mensuales.

Santiago se embellece. Las calles comienzan á ensancharse; tenemos algunas plazas, aunque pocas, como la de Armas, la de Yungay, la de San Isidro, el Parque Forestal, la Plazuela y jardines de la Recoleta. El piso mejora, aunque lentamente, como los vinos, y el asfalto de Trinidad nos permite pasear un poco, y hasta encaminarnos al Parque en coche sin peligro de rompernos el espinazo en un vaivén del vehículo. Pero todavía conservan nuestras viejas casas y nuestras costumbres mucho del carácter colonial. Aún encontramos, sobre todo en el barrio de ultra-Mapocho, viejas casas de ancho portalón con clavos de cobre, y ventanas bajas guarnecidas de rejas forjadas en hierro de Vizcaya. Los zaguanes son enormes, las habitaciones numerosas, los techos bajos y las murallas blanqueadas. Más vale así: que algunos rincones de nuestras ciudades conserven el sello pintoresco de antaño, el carácter de tradición que ennoblece así las cosas como á los hombres. Conviene que se vea el pasado, que podamos estudiar nuestro propio origen detenidamente, y que no nos envanezcamos demasiado con la capa de civilización que llevamos sobrepuesta.



En estos días acaba de irse también una de las viejas festividades que conservaban aún carácter tradicional entre nosotros. La Semana Santa ha caído este año en las postrimerías de Marzo, como diseñando el principio del otoño, con la caída suave, insensible y dolorosa de las hojas muertas.

Ha pasado ya la Semana Santa, que en Chile tiene un colorido y un carácter peculiares, aún cuando no alcanza, por cierto, á la festividad maravillosa de las célebres procesiones de Sevilla, ni muestra obras como las incomparables esculturas y santos del inmortal Montañez. Mas el tiempo,—ese enemigo y reformador implacable de los hábitos,—ha cambiado también la antigua y curiosísima Semana Santa chilena. La colonia había mantenido su tradicionales costumbres hasta no hace mucho, en estas materias. Los coches no corrían, ni había vehiculos de especie alguna. Todo el mundo se vestía de negro, con luto uniforme y obligatorio, como en caso de pérdida de familia.

Un silencio de muerte reinaba en la ciudad, apenas alumbrada por unos malos faroles; antes los había tenido de parafina, y durante el siglo dieciocho y á principios del diecinueve, los vecinos, al salir de visita, se hacían acompañar por un negro, provisto de un farol. A ese servidor, criado en el seno de la familia, le llamaban generalmente "chino". Es preciso tener presente que esto de salir de noche es una libertad que sólo vino á implantarse en la segunda mitad del período de la colonia, pues recién fundada Santiago, y en los primeros tiempos, los vecinos debían acostarse al toque de la queda. Aquello de salir con faroles era un lujo practicado muy de tarde en tarde, en días de santo, ó cuando se daba alguno de los grandes y excepcionales saraos de la época de la colonia española, en los cuales los caballeros se colocaban en un extremo de la sala ó "cuadra" y las damas en el costado opuesto. Sin duda las damas de aquellos tiempos debían de ser muy peligrosas.

Lo cierto es que á las nueve de la noche todos se hallaban acostados. Es verdad que habían comido á las cinco y no á la hora del día actual. Algunos, á las ocho ya roncaban á pierna suelta.

Un siglo más tarde, nuestros abuelos conservaban el hábito de las reuniones á primera hora, á las ocho. En la reseña de la

fiesta dada por Mr. Meiggs, el constructor del ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, en 1865, hallamos que la primera contradanza fué bailada á las ocho en punto y terminó el sarao con la Canción Nacional. La gente era tan patriota como madrugadora, á pesar de que no por mucho madrugar amanece más temprano.



Pero nos vamos alejando de la Semana Santa. Pensaba hablar de ella y de "los Cucurucho".

Se comprende que dadas estas costumbres, la introducción de "los cucurucho" debía ser un síntoma de progreso en la triste y penosa Semana Santa de la colonia. Cuando ni los birlochos, ni calezas corrían; cuando se oía el ruido chillón de las matracas, y andaban todos con el uniforme negro y el rostro contrito recorriendo iglesias, debió parecer una novedad extremadamente audaz la llegada de los mencionados "cucurucho". Figuraban, entre ellos, los jóvenes de la alta sociedad santiaguina, que, vestidos de largo traje negro, como de monje, cubierta la cabeza con un gorro puntigudo y el rostro con un antifaz, recorrían las calles y penetraban á las casas á pedir limosna para "el santo entierro de Cristo y la soledad de la Virgen..." A menudo quedaban los óbolos piadosos en los bolsillos de los solicitantes, pues entonces como ahora no escaseaban los caballeros de industria. Más de algún pretendiente angustiado salió, en esa forma, de pellejería.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los "cucurucho" llegaron á convertirse en un poder formidable. Penetraban á las casas provistos de su cepillo, y amparados en las ánimas para quienes pedían, abrazaban á las niñas que huían gritando. Esto, por cierto, indignaba á las mamás, pues refieren las tradiciones que personalmente á ellas jamás alcanzaron los desmanes de los invasores.

Aprovechaban la ocasión los galanes de los tiempos aquellos, para conversar con sus amadas y vencer la oposición irresistible de las suegras de entonces, que eran tremendas;—es verdad que las de ahora no son mejores, según se afirma. En aquel tiempo, cuando los padres decían "no", las niñas se sometían llorando. Hablaban con el pretendiente sólo cuando iba de "cucurucho", en Semana Santa,—y se casaban con otro en seguida. Hoy las malvas le cantan una fresca al mismísimo lucero del alba, y no necesitan de "cucurucho".

Cuando las señoras entraban en sospecha, no tardaban en decir á los galanes:

—Usted no debe de ser "cucurucho"... A ver, saque el pie...

El interpelado tenía que hacerlo forzosamente.

—¡Jesús! éste no tiene pie de cucurucho! gritaban las señoras alarmadas.

En todos los templos, junto á la puerta, y tras de una mesa, tomaba colocación un reo del presidio, que alzaba las manos cargadas de cadenas y las dejaban caer con grande estrépito, en medio de un clamor lúgubre, diciendo: "¡Padres, madres es hijos de familia: una limosna para los pobres encarcelados!..."

Era una escena lamentable. Un soldado, con el fusil de chispa al hombro, custodiaba al reo.

La antigua Semana Santa era un rezo continuado, un prolongado lamento, un estrepitoso crujir de matracas, una tristeza que, según parecía, no habría de acabarse nunca. Las cofradías y los grupos de mujeres recorrían las calles entonando rezos en coro, llenas de unción piadosa. Las iglesias, totalmente iluminadas, brillaban como una ascua de oro, con millares de cirios. Por las calles transitaba en silencio la población, cuando no rezaba en voz alta. Nada de conversaciones, nada de risas, nada de dimes y diretes.

Y si alguien se enfermaba, era preciso ir en busca del médico, á pie y con zapatos apretados, como se usaban entonces. De ordinario, los facultativos, que no eran muchos, hacían sus visitas á caballo. Pero en Semana Santa no usaban más coche que el de San Francisco. Los demas no corrían.

La reforma transcendental en las costumbres chilenas de que anduvieran los coches en Semana Santa, fué llevada á cabo, en Valparaíso, por don Eulogio Altamirano,—el ilustre y simpático hombre público,—en 1877, pocos años antes de la guerra del Perú.

Acababa de terminar la agitada administración del Presidente Errázuriz. El señor Altamirano se encontraba de Intendente y Comandante General de Marina. Se preparaba para partir á los baños de Cauquenes, cuando se esparció por la ciudad

el rumor de que el nuevo Intendente iba á permitir el tránsito de los coches durante la Semana Santa.

El asunto levantó una polvareda inmensa. Los ánimos se apasionaron, se habló de impiedad, de quebrantamiento de los hábitos consagrados y tradicionales, en virtud de lo cual la religión caería por los suelos.

En cambio, los jóvenes liberales, con regocijo diabólico, se aprontaron para salir en coche, á comprobar su liberalismo. Decían que, con eso, se salvarían el país y las instituciones nacionales.

La prensa se apoderó del asunto para echarle fuego á la hoguera, convirtiendo una cuestión baladí en grave asunto de Estado.

A todo esto, el Intendente aprontaba sus maletas para partir á los baños.

El Gobernador Eclesiástico de Valparaíso—y desempeñaba entonces el puesto el Ilmo. señor Casanova—creyó necesario tomar cartas en el asunto, pasando á visitar al señor Altamirano, con quien cultivaba muy estrechas y cordiales relaciones. Habiéndole interrogado, con habilidad, aun cuando con cierta inquietud, sobre las medidas que pensaba tomar durante la Semana Santa, contestó el señor Altamirano, con gran tranquilidad, que no tomaría ninguna medida.

—¿Y no dictará usted ningún decreto respecto al tránsito de coches?

—Absolutamente ningún decreto.

Y Altamirano partió á los baños, después de expresar al jefe de policía que **"no dejaba ninguna orden"**.

Llegó el Jueves Santo, comenzaron á correr los coches liberales, con toda la solemnidad de las manifestaciones de partido. Y han seguido corriendo, hasta que, andando el tiempo, se echaron asimismo á correr los coches conservadores, llevando á las iglesias, con toda comodidad, á señoras ancianas que sin eso no las hubieran visitado.

A la vuelta de los baños, visitó el Intendente al señor Casanova.

¡Los coches habían corrido!...

—Y yo cumplí mi compromiso de no dictar ningún decreto, como usted pedía.

—¿Y cómo salieron entonces?

—Porque era necesario dictar una orden prohibiendo el tráfico.

Don Mariano, que tenía mundo, soltó la risa. Así, con buen humor, se solucionaban las dificultades de aquellos tiempos.

Una vez que los coches de Valparaíso corrieron, los de Santiago, por no ser menos, se echaron á la calle.

LUIS ORREGO LUCO

Dos retratos inéditos de Nattier

No es tarea sencilla encontrar todavía importantes Nattier inéditos que poder presentar al público. Se ha rebuscado tanto este maestro en los últimos años, que sus obras las más ignoradas han sido cuidadosamente retiradas de la sombra y las más mediocres valorizadas por su sólo firma.

Raros son, sin embargo, los retratos de primer rango y que hacen honor á este pintor, verdadero honor á este pintor delicioso, que puede figurar con gloria á la cabeza de la escuela francesa.

Madame Bonier de la Mosson, que damos en la primera página, es Diana por los atributos y Venus por su expresión voluptuosa. Soberbia, de aire dulce, largos ojos y acariciadores, frente de niño y boca provocativa. Su desnudez mitológica deja descubiertos sus espléndidos hombros. La camisa vaporosa está semicubierta por una piel de tigre, y su amplio ropaje se despliega alrededor de la mujer que está sentada al pie de un árbol en un paisaje convencional.

El retrato de Beaumarchais tiene gran importancia histórica, por estar firmado en el año 1755 y ser el más antiguo retrato que se conoce de dicho personaje.



J. M. NATTIER

Retrato de Beaumarchais

OSCAR WILDE

VIENE á mí, á veces, en los días pálidos, el recuerdo taciturno de Oscar Wilde...

No es, de ninguna manera, el Brummel extravagante de hermosura femenina, vestido de raso y terciopelo, que deslumbró á los yanquis y perturbó el cerebro de muchas damas de la nobleza londinense; no es el autor del *Retrato de Dorian Gray*, célebre, amado y feliz, en plena gloria y en plena juventud, el que surge en mi memoria en los días pálidos... sino la imagen del inglés atormentado que escribió con sangre y con lágrimas la maravillosa *Balada de la cárcel de Reading*, página dantesca que pone un escalofrío en el espíritu.

Balada del Tormento, angélica y macabra, plena de amor y de horror. Harmonioso canto de agonía, en que danzan la pena y el pecado, tan dulce y tan negro, tan melancólico y tan espeluznante. Es como una gélida boca de sombra diciendo palabras crueles

y misteriosas... Como una letanía monótona y satánica, como un cráter de hiel que se derrama... Tal es la balada tristísima.

Cuando Oscar Wilde escribió esas líneas inmortales pesaba implacablemente sobre su vida una montaña de amargura y de infamia.

Ni los perros hidrófobos, ni las llagas de los mendigos, ni la podredumbre de los bubónicos, ni la miseria más nauseabunda de la más negra carroña, causaban más horror y asco que la memoria del gran poeta arrojado en la más pavorosa de las cárceles.

Pesaba sobre él una gigantesca piedra de escándalo, una formidable lápida de frío desprecio, más dura que los mármoles sepulcrales.

La mayores abominaciones cayeron sobre su fama, quemantes dieterios, rodearon su nombre en un círculo diabólico, epítetos amargos de convencional significado, horrendos vocablos de rencor pertinaz llenaron las columnas de los periódicos.

Todos se obstinaron en herir brutalmente; todos se ensañaron sobre el mísero, sin que una luz de misericordia descendiera á su infierno.

Su pecado, su extraño y abominable pecado, creció, creció día por día, como esas plantas malsanas que brotan de las oscuras humedades excrementales y cuyas hojas, gruesas y blandas, tienen una fría palidez cadavérica...

Máximas hipérboles surgieron del crimen inicial, forjadas por la rencorosa fantasía sajona, que tan duramente hirió á Byron y laceró á Bonaparte.

Historias tétricas, fábulas de pesadilla tomaron cuerpo en las redacciones de las revistas para hundir en un pozo de cieno al miserable.

Con rabia, con crueldad morbosa persiguiósele hora tras hora... y luego cayó sobre su vida un silencio tan profundo, que comparado con él, el de los muertos era ligero.

Trabajó con sus finas manos ducales, acostumbradas á las presiones aristocráticas y á los perfumes y á todas las suavidades, y, también, desgraciadamente, á los experimentos sexuales más odiosos y extravagantes; con sus manos de palideces inverosímiles, cuajadas de piedras exóticas, trabajó en rudas tareas groseras durante muchas estaciones.

Los compañeros de cárcel veíanle pasar con su grueso traje de presidiario, marcado con un número, anónimo en el dolor, con la cabeza caída sobre el pecho y el paso claudicante.

Años de hambre y de frío, y aún de sed;



LA SED

P. Tavernier

años de cruento sacrificio para aquella singular naturaleza de selección pasaron con sus días lóbregos y dolorosos y con sus insomnes noches interminables.

Dura y terrible expiación sufrió, como muy pocos la han sufrido sobre la tierra.

Su cuerpo fué castigado cruelmente; y su alma conoció tales tormentos que la sintió correr enloquecida en su propio esqueleto, y hubo horas en que no se daba cuenta de si la tenía ó la había perdido para siempre en alguno de sus tenebrosos abismos.

Pena única, cosa de locura ó de quimera ésa de no saber si todavía poseemos nuestra propia alma.

Ignorar si aún tenemos un pensamiento, si aún es propia nuestra voluntad, si aún podemos guiarnos por nuestro instinto... caso horrible; pero más horrible es todavía no saber si hemos perdido nuestra alma!

Inconsciente como un sonámbulo, mudo como la esfinge egipcia, pasó varios meses convertido en un autómeta, en algo que se moría sin el impulso del vigor interno.

Una mañana se abrió la puerta de su prisión, y Oscar Wilde, andrajoso y amarillento, tomó el camino de París.

Allá vegetó miserablemente con un nombre obscuro, Mr. Melmotte.

Vegetó en la indiferencia y en el más frío olvido de su fama y de su oprobio.

Uno que otro artista le hizo, al pasar, una seña fraternal. Errante y taciturno vagó en silencio por la gran metrópoli, como una mísera sombra que busca la eterna sombra.

Y en ella se sumergió en un día sin luz; y á su espíritu perdido en la Muerte van mis palabras de admiración y de piedad.

FROILAN TURCIOS



UN FIVE O'CLOCK ELEGANTE

M. J. Cayron

CONVERSANDO SOBRE ARTE

UN RECUERDO DE LA "ARAUCANA". — EL CAUPOLICAN
DE DON NICANOR PLAZA. — LA OBRA DEL ARTISTA.
— UNO DE LOS FUNDADORES DEL ARTE EN CHILE

"El bravo general Caupolicano
rota la pica, de la maza afierra,
y á la derecha y á la izquierda mano
hiere, destroza, mata, y echa á tierra:
hallándose muy junto á Berzocano
los dientes y el furioso puño cierra,
descargándole encima tal puñada,
que le abolló en los cascos la celada.
Tras este otro derriba y otro mata,
que fué por su desdicha el más vecino,
abre, destroza, rompe y desbarata
haciendo llano el áspero camino..."

"Felices los pueblos que no tienen historia": éste, como muchos otros aforismos, es más que discutible: yo, por mi parte, no vacilo en declararlo falso y deprimente.

¡Los pueblos que no tienen historia deben tener como habitantes á los niños de los limbos, y si la falta de vida constituye la felicidad, entonces sí,—pero solamente así,—felices los pueblos que no tienen historia!

Y si hay un país en el mundo en que esta frase debiera ser borrada y considerada como herejía, este país es Chile. Los chilenos son justamente orgullosos de su historia y este orgullo, por sí solo, es una felicidad. Aquí, en esta tierra de elección, conquistadores y conquistados, han con el tiempo mezclado y confundido sus glorias de modo tal, que indistintamente, los descendientes se reclaman con igual orgullo de los vencedores, nunca completamente vencedores y de los vencidos, nunca verdaderamente vencidos.

¡Historia única en el mundo, debida al caso único también que ofrecen á los historiadores, los Araucanos!

Ya se ha dicho que la que puso punto final á la lucha secular de los araucanos contra la civilización moderna, fué la locomotora, á cuyo avance ningún rincón del globo podrá resistir, y que—¡ay para los artistas!—es la gran niveladora, la gran vulgarizadora, que va mezclando los pueblos y las razas, quitando poco á poco todas las diferencias de costumbres, de vestidos, de alojamientos, para llegar á hacer desaparecer también,—¡quién sabe si muy pronto!—las diferencias étnicas y hacer que toda la humanidad aparezca como fundida en un mismo molde!

Por eso, por esta marea que sube de la unificación general, nos interesan tanto,—á los artistas y á los intelectuales—todas las cosas que tienen todavía carácter propio, y nos apasionan las de pasado, y sobre todo del pasado de los pueblos y de las razas que tenían rasgos particularmente marcados y característicos. Y cuando á

este interés artístico, viene á añadirse una historia ó una leyenda gloriosa ¡qué más se puede desear para hacer una obra de arte, de esas que pueden conquistar, al mismo tiempo que la admiración de los inteligentes, esta cosa mucho más difícil de conseguir, mucho más sutil é indefinible: la popularidad en el gran público?

Esta popularidad, nadie puede negar que es la que tiene el Caupolicán de don Nicanor Plaza, y que salvando las fronteras de Chile, se esparció por toda América y llegó hasta Europa.

Para que una obra de arte alcance esta fortuna, es preciso, es indispensable que, además de sus méritos artísticos y técnicos, tenga algo especial, algo que venga á materializar, á sintetizar ideas populares, de esas ideas que son generalmente una amalgama de histo-

ria y de leyenda, la verdadera historia después de todo, la historia poética y animada. Y es así cómo el Caupolicán del señor Plaza, apareciendo poco después de la plena boga de las novelas de Fenimore Cooper, llegó á simbolizar, no solamente la epopeya araucana de un rincón de la América del Sur, sino toda la raza indígena del continente americano entero. Se sabe que en varios sitios y parques de los Estados Unidos, esta estatua se ha popularizado con el nombre del héroe de Cooper, el Ultimo de los Mohicanos...

Y es que en esta estatua, prescindiendo de las cualidades ó defectos de ejecución artística, hay algo verdaderamente sentido y animado: este indio no es una figura cualquiera, ni un simple pretexto para hacer una obra con la intención de llamar la atención; tiene grandeza y nobleza, es una figura de epopeya que sintetiza bien una raza y traduce muy exactamente la idea que de estos héroes homéricos de las primeras guerras de la Araucanía nos ha dado Ercilla en los versos que sirven de encabezamiento á este estudio.

La otra estatua araucana de don Nicanor Plaza, El Jugador de Chueca, será quizás más refinada: el movimiento es más original y más interesante; vale más, creo, como obra artística, pero no se impone á la atención del público, como el Caupolicán, porque en el Jugador, el artista no ha querido sino representar un detalle de costumbres curiosas, mientras que en el Caupolicán ha querido, y lo ha logrado, representar una raza y un poema.

Por eso, esta gran figura es tan querida y tan popular en Chile, y uno se sorprende que todavía no esté colocada en un jardín ó una plaza pública, como lo es, en Francia, Vereingetorix: Caupolicán fué el Vereingetorix de Chile. Si los latinos han llegado á absorber poco á poco toda la Europa Occidental, la gran figura del héroe de la antigua raza de la vieja Galia, queda, sin embargo, siempre para los franceses de hoy día, como el símbolo de la tierra y de la patria y de las virtudes que más que de la raza de los hombres, parece pertenecer al terruño, de las fuerzas desconocidas y misteriosas que "Chantecler" va á buscar en la verdadera tierra, escurriendo la superficie del suelo, para que, atravesando todas sus fibras y sus nervios, vayan, en un canto de triunfo, á proclamar la belleza de la luz y de la libertad.

Hablaba antes del Jugador de Chueca y decía el interés pintoresco que presenta esta figura de movimiento tan natural y tan bien encontrado: esta estatua podría también llegar á la popularidad, no por los motivos nobles y elevados de su compañera, la del Caupolicán, pero sí por el hecho curioso de la similitud de este antiguo y tradicional juego de los araucanos, con el famoso "golf", actual de los ingleses, aunque yo no crea que los

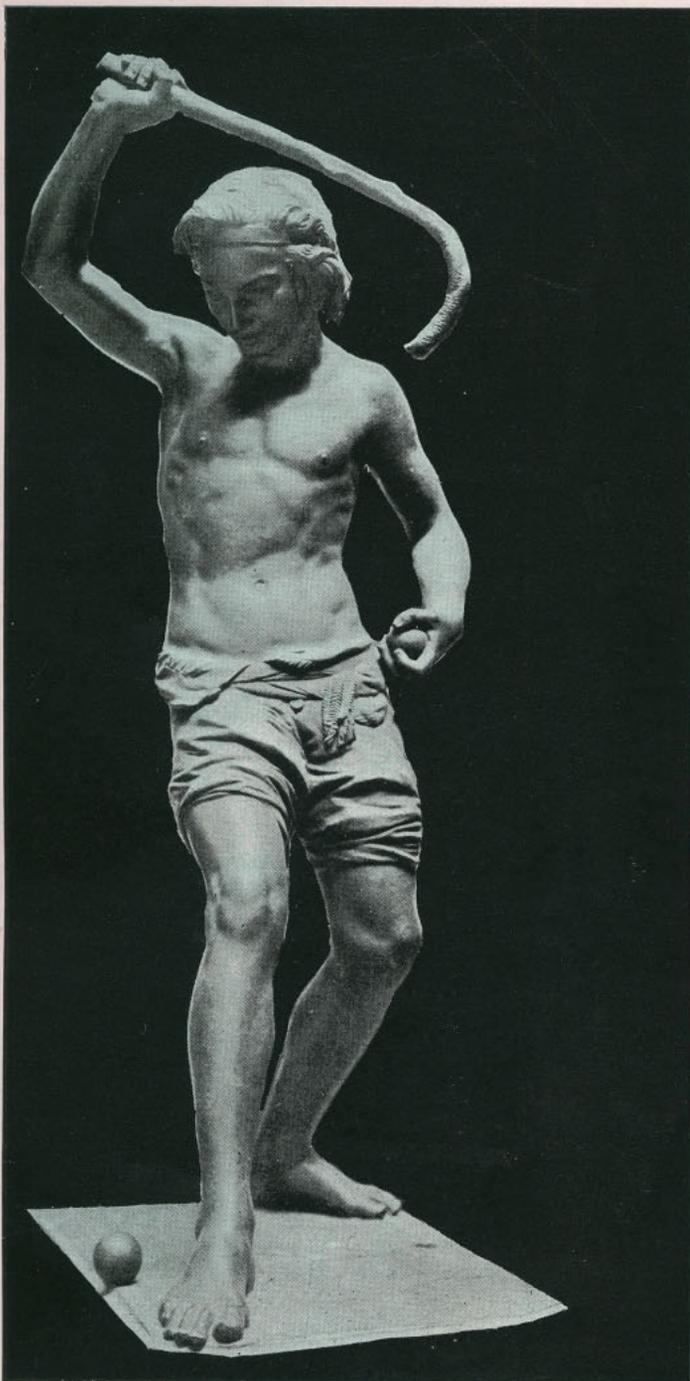
sportsmen de Inglaterra vinieran á buscar en Araucanía la idea de este juego, pues desde varios siglos también es muy popular en los campos de varias provincias del norte de Europa.

Zola, en su "Germinal" describe una partida de "crosse" jugada por los mineros del norte de Francia, que es exactamente la chueca; y el origen de este juego en los Flandes se pierde en la noche de los tiempos. No hubo pues, imitación, entre los campesinos del norte de Europa y los del sur de América, sino extraña y curiosa coincidencia...

Para hablar de la técnica y de la escuela de las obras de don Nicanor Plaza, me veo en el caso de referirme á lo que dije en otra de estas conversaciones, y es que, para juzgarlas, tengo que prescin-



La Quimera



El Jugador de chueca

dir de mis gustos y de mis ideas personales. El señor Plaza pertenece á una escuela artística que no es la de mis aspiraciones, ni la que está en boga hoy día, pero que tuvo su época muy brillante y que cuenta con ilustres representantes. Es una escuela que prefiere la gracia á la fuerza y que suele sacrificar algo del carácter de las cosas, por temor á las violencias y á la exageración. Uno de los más célebres escultores de esta escuela, autor de obras finas y exquisitas, y quien, si no me equivoco, fué el maestro de don Nicanor Plaza, era el escultor francés Jouffroy, cuya estatua El Secreto á Venus es una de las obras más delicadas, más distinguidas de la galería de escultura del Museo de Luxembourg. Se siente, en las obras de don Nicanor Plaza, que, sin imitar á su maestro, encontraba en él un temperamento igual al suyo; efectivamente, las cualidades de Jouffroy, la distinción, la delicadeza, y diré aún, para expresar bien mi idea, la *castidad* artística, son las que distinguen también al señor Plaza: procura más hacer *bonito* que hacer *fuerte*, y ha logrado casi siempre el éxito en la realización de sus sueños artísticos: varias de sus obras tocan casi á la perfección en el estilo y la escuela de sus preferencias, en las cuales lo acompaña, es innegable, el gusto del público en general. La Quimera es de todas las obras del artista la más completa y la más perfecta desde este punto de vista.

La cuestión *moda* es tan importante en estas evoluciones de estilo y de escuelas que ¡quién se atreverá á decir que el estilo que entusiasma hoy, no será reemplazado en pocos años más por uno completamente opuesto! Es, al contrario, casi seguro que así suceda.

Lo que se debe estudiar pues, en la obra de un artista, es el valor de sus trabajos, prescindiendo, lo más posible, de la cuestión de escuela, y si las obras reflejan un temperamento y son sinceras, el

autor es un verdadero artista, y sus obras durarán y ocuparán un lugar en la historia de la evolución artística é intelectual: es el caso del gran escultor chileno.

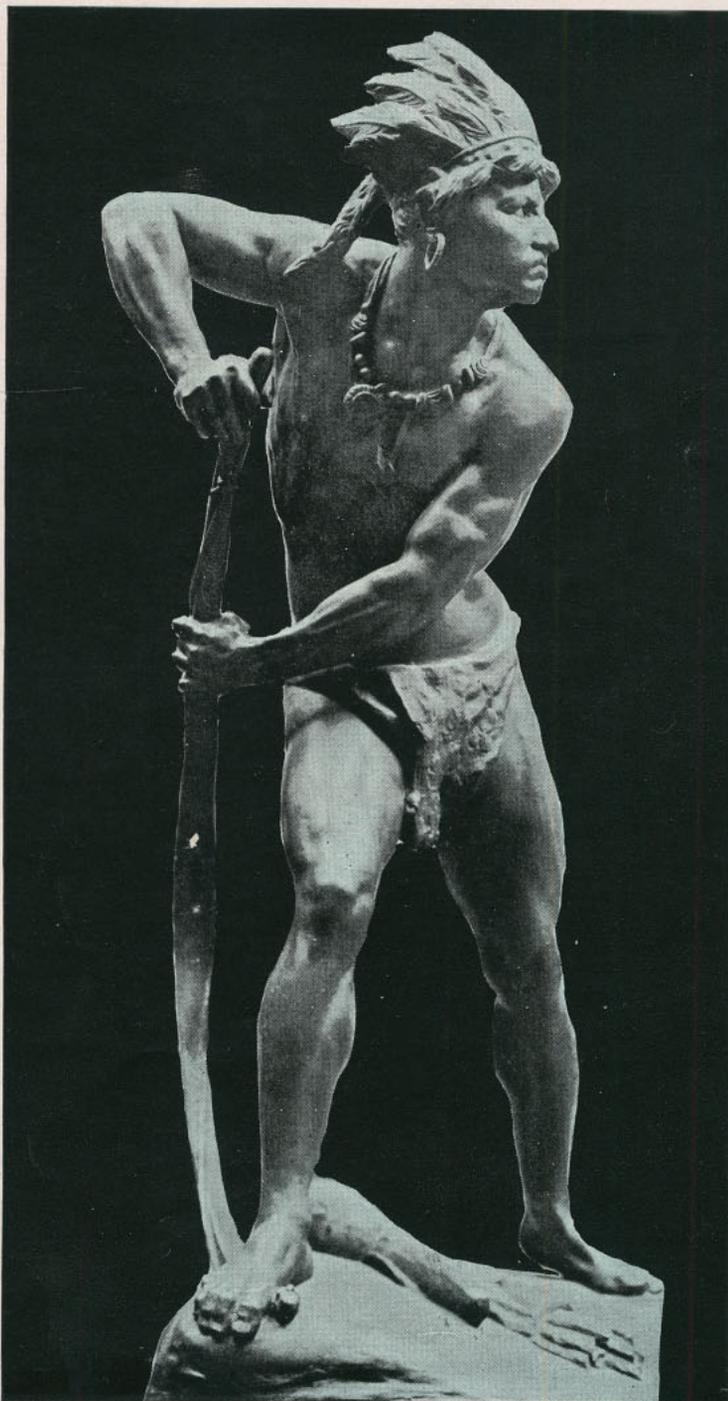
Además, á don Nicanor Plaza les están reservados otro lugar y otra gloria en Chile: la de haber sido el iniciador casi, de la gran escuela escultórica chilena: él hizo en la escultura lo que Monvoisin en la pintura: fundar el arte en Chile, y como el pintor también, supo él mismo levantar monumentos hermosos y duraderos sobre estos cimientos echados por él.

La carrera de don Nicanor Plaza ofrece también á los jóvenes el más hermoso ejemplo de trabajo y de fe y de amor al arte. Hace algunos años, sus amigos y admiradores fueron sorprendidos por la noticia de que, con un ardor y una energía juveniles, á una edad en que tantos no piensan sino en descansar ó, por lo menos, en encerrarse en una rutina tranquila y apacible, el maestro escultor se había dedicado á estudiar los procedimientos y la técnica de la pintura, y aún envió á Chile unos bocetos para tomar parte en un concurso, que quedó en suspenso, para las decoraciones del palacio del Congreso.

No tuve el gusto de ver trabajos victóricos del señor Plaza, pero el sólo hecho de haberlos intentado, prueba que él pertenece á la raza genuina de los grandes artistas y de los poderosos trabajadores, que en todas las épocas y en todos los países, aseguraron la vitalidad y la gloria á las escuelas artísticas á que pertenecieron.

Estoy feliz de esta ocasión, que no ha sido ofrecida, de dirigir, aunque no tenga el honor de conocerle personalmente, este respetuoso saludo á uno de los fundadores del arte en Chile.

RICHON-BRUNET



Caupolicán

LAGO DE MIS RECUERDOS

EN un rincón del terruño amado, allá donde el Llaima levanta el titánico seno laberintino al beso del sol de la mañana, y el murmurio del Quepe bullicioso perturba el silencio solemne de perfumadas montañas de roble, lingue y laurel, dormía en medio de un prado de indescriptible belleza, un lago de azulejas aguas transparentes.

Sobre su linfa, tersa como la frente de un niño mecido en regazo maternal, esparcía la brisa vagabunda los albos pétalos de los aromos que crecían en sus riberas; flores de rico perfume alzaban al cielo opalino sus corolas de oro, de viola y rubí, en sus húmedas márgenes musgosas; aves de los bosques vecinos venían á beber y á bañarse en el limpio cristal de sus ondas plateadas, y construían sus nidos entre las altas yerbas y frondas sedosas de los helechos que la circundaban, llenando los aires con sus cánticos de amor.

En días primaverales veíase jugar en la verde grama de los prados colindantes, á los niños del lugar, y á veces por la tarde, cuando la lumbre dorada del sol moribundo envolvía la tierra en áurea luz, solía reflejarse en la clara superficie, la figura doblada y pálida faz de algún pensador. Muchas veces los etéreos rayos de lunas estivales sorprendían el rostro confiado de amantes felices y la voz gemebunda de las ondas del lago repitió el eco de sus promesas y juramentos.

De su pura fuente cristalina, partían en todas direcciones arroyuelos espumosos que se dilataban sobre las ondulantes sembradas y campos cercanos ofreciendo el rico tesoro de sus frescas aguas á los rebaños y manadas de apacibles criaturas que pasta-

ban á la sombra de gigantes árboles coposos. Pero un buen día, se le ocurrió á un propietario malhumorado cerrarle el paso al hilo líquido que, bajando del seno de la montaña generosa, abastecía la fuente, y un cambio tristísimo se operó entonces en aquel remedo de paraíso.

El lago no tardó en quedar vacío: sin aguas vivificadoras, se doblaron para morir luego, las flores delicadas que ornaban las riberas, y sus largos tallos lacios cubrieron el fondo, mezclándose al cieno que allí había. Los pececillos de dorso brillantes que antes jugueteaban entre los riscos murmurantes enfermaron y se murieron también y miasmas ofensivos se esparcieron por el ambiente. Enmudecieron las aves, y con las abejas y mariposas de vivos colores, se alejaron para no volver.

Y no sólo el lago cambió de aspecto; los campos y bosques vecinos perdieron su verdor y á la sombra mezquina de los árboles calcinados, no volvieron á verse las tropas de alegres niños; ni el amante ni el sabio buscaron inspiración ó consuelo en sus orillas desoladas...

A este lago, se me ocurre que se parecen nuestras almas. De cuanto es bello y bueno, duerme en ellas el germen fecundo que no se perderá si nos dedicamos á su cultivo con constancia y con afán y dejamos libre paso á la influencia benéfica del ejemplo y del amor.

Así cuidadas y regadas abrirán en ellas sus pétalos hermosos, bellas flores de veracidad, de justicia y de bondad, cuyo grato aroma embellecerá las horas, tan aciagas á veces, de los que con nosotros hacen el penoso viaje por el gran valle de la vida.

WINI



PRIMAVERA

Cuadro de W. H. Margetson

MAIPU

(5 DE ABRIL 1818)

DESDE una extremidad de Loma Blanca la pupila avizora de San Martín domina la llanura que va á ser teatro de la gran batalla. Su figura serena y gallarda se yergue majestuosa; el genio de la guerra parece haber tocado su rostro de vivos resplandores de victoria. Desde allí pasea su mirada sobre el vasto campo, la lleva hacia los caminos que conducen á los pasos del Maipo, escruta el horizonte profundamente, como si viese en una adivinación maravillosa el azar de la pugna, la desesperación del ataque, el empuje fiero de sus bravos soldados oponerse á la tenacidad de los ejércitos realistas; y talvez ya, dibujarse la fuga de los vencidos al avance denodado y heroico de los patriotas. En tal actitud nos lo muestra la historia al evocar el épico momento de la más encarnizada y transcendental de cuantas batallas se libraran en suelo americano por la libertad. Uno de sus oficiales va hacia él. El general sonrte y esbozando el plan de la batalla, mientras en sus labios persiste la afable sonrisa, le dice: "Ha llegado el momento en que los **godos** nos den cuenta de todo; tenemos en nuestras manos la libertad de un Continente; no abandonaremos el campo sin vencer ó morir".

De una sola ojeada comprende que hacia Valparaíso queda una vía libre á las fuerzas patriotas en el caso de una retirada y mide la defensa de Santiago que ha hecho fortificar con trincheras que resguardan mil milicianos y un batallón comandados por O'Higgins, el héroe de Chacabuco que no ha podido concurrir al campo por la herida recibida gloriosamente en aquella jornada. Todo lo ha previsto el genio del libertador; su decisión de atacar al ejército realista sin dejarle tiempo de practicar operaciones estratégicas, asediándole por todos los flancos, está formulada y comunicada á sus inmediatos. Divide su ejército en tres grandes cuerpos á dos líneas; cubre el primero el ala derecha, y es comandado por Las Heras, el segundo recibe órdenes de cubrir la izquierda; y al mando del coronel Quintana queda encargado el tercero en calidad de reserva. Confía á Balcarce el mando de la infantería.

San Martín se reserva la dirección de la caballería; impacientes los denodados jinetes cuyas armas pusieron en fuga en impetuoso ataque al enemigo en campos anteriores, no se resignan á quedar en última línea en el combate, y piden al libertador les destine á atacar entre los primeros al enemigo que ha desplegado ya sus fuerzas presentándose en las condiciones previstas por San Martín, que pasa revista á los diversos cuerpos de su ejército que forman, el primero, el batallón núm. 11, comandado por Las Heras; el puñado de héroes del Cazadores de Coquimbo á las órdenes del valeroso comandante chileno Thompson. Los Infantes de la Patria á las órdenes del comandante Bustamante, también chileno. Un escuadrón de artilleros montados del ejército, un regimiento de caballería, cerrado por la experta artillería chilena con ocho piezas de campaña, bajo la disciplina de Blanco Encalada. Los batallones primeros de Cazadores, el 2 de Chile y el 8 de Los Andes y el Lanceros de Chile, comandados por Freire y Bueras, provistos de nueve piezas de artillería chilena al manejo del mayor Borgoño. Algunas piezas de artillería, los batallones 1 y 3 y el 7 de Los Andes, complementan la reserva.

San Martín convoca á sus oficiales para impartirles órdenes y diseñarles el plan de la batalla; en la serenidad de su semblante se adivina un impulso fiero, va y viene con paso lento, con la seguridad de aquel á quien el sentimiento del genio da la fuerza aún en las grandes ocasiones. No se diría que el general de Los Andes se apresta á una lid sangrienta, más parecía que, triunfador de ella, sus manos tomaban la actitud de recoger los lauros de la victoria. Uno á uno habla á sus oficiales sin exaltación, con la pasmosa tranquilidad que acostumbraba en tales momentos. Al mayor Blanco Encalada pregunta por el estado de su artillería, le dice que al empuje de los soldados chilenos, á su bravura y á su arrojo probados en cien combates queda encomenda-

da la victoria. Hace que á cada soldado se le dote de cien tiros y seis piedras, dispone así mismo que á cada uno de ellos se le dé una ración de aguardiente y pide á sus oficiales que cada uno de ellos arengue á sus tropas excitándolas á entrar en el combate con denuedo, á avanzar sobre el enemigo sin retroceder en un sólo momento; encarga decirles que castigará con la pena de la vida al soldado que bajo el fuego enemigo intente abandonar las filas; y les observa que si vieren retirarse algún cuerpo no será jamás porque ceda al empuje de los contrarios sino que lo hará por orden suya para realizar algún movimiento estratégico según el plan preconcebido. Instrúyeles en todo detalle, díceles que los batallones de las alas deben formar en columna de ataque siempre concentrada sin realizar despliegue alguno sin expresa orden suya y les impone que no se recogerá herido alguno en tanto dure el fuego á fin de no debilitar en un sólo momento la línea de combate. Comunícales que la enseña del cuartel general será una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas "la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritaran todas las tropas ¡Viva la patria!, y en seguida cada cuerpo cargara al arma blanca al enemigo que tuviese al frente". Indicaba los uniformes y banderas del ejército realista, y al referirse al Burgos, agregaba: "A este regimiento se le debe cargar la mano por ser la esperanza y apoyo del enemigo". Recomendaba á los jefes de caballería tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar á retaguardia un pelotón de veinticinco hombres para sablear á los que volvieran cara y perseguir al enemigo. Por último les dice: "Esta batalla va á decidir de la suerte de toda América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor á sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército, á los que encargo tengan presente estas observaciones".

Oigamos á un ilustre historiador la disposición del combate:

"Tomadas estas disposiciones y dictadas estas prevenciones, formó su ejército en dos líneas: en primera línea las divisiones primera y segunda con sus respectivas baterías desplegadas á cada uno de los flancos y su caballería escalonada, poniendo la reserva en segunda línea y su artillería de batir al centro de la primera. En este orden permaneció los días 2, 3 y 4 de Abril con una vanguardia volante mandada por Balcarce, en observación de la línea del Maipo. Al tener noticia de que el enemigo vadeaba el río inclinándose hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma. El fuego de las guerrillas, aproximándose cada vez más, y los repetidos partes, anunciaban que los realistas seguían avanzando. La noche del 4 se pasó así en alarma, rodeando los soldados patriotas grandes fogatas de huanil, que iluminaban todo el campo. San Martín dormía mientras tanto en un molino á la orilla del camino, envuelto en su capote militar".

Al amanecer del día 5 de Abril las guerrillas patriotas, al mando de Freire y Melián, se replegaban, dando parte de que el enemigo, al mando del general Osorio y fuerte de 5,600 hombres, avanzaba en masa, en rumbo al camino que empalma con el de Santiago á Valparaíso. San Martín, que lo había previsto por su dirección en el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortar la retirada sobre Aconcagua, ó efectuar un movimiento de circunvalación interponiéndose entre él y la capital, ó reservarse una retirada más segura en caso de contraste, pues la larga distancia y los ríos que tendría que atravesar, la hacían difícilísima hacia el sur. Lo primero estaba previsto y se neutralizaba por un simple cambio de frente; lo segundo era impracticable, pues tenía que describir un arco de cuya cuerda era dueño; y lo último, una promesa más de triunfo completo. Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, disfrazóse con

un poncho y un sombrero de campesino y, acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero d'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió á gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca, señalado antes. Desde allí pudo observar á la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su antejo la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas á tambor batiente y banderas desplegadas, al posesionarse de la lomada triangular fronteriza prolongando su izquierda sobre el camino de Valparaíso. "¡Qué brutos son estos godos!" exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza á los héroes en los momentos supremos. Y agregó: "Osorio es más torpe de lo que yo pensaba". Dirigiéndose luego á sus acompañantes les dijo: "El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!" El sol asomaba en ese momento

la batalla, con Maipú se habría consignado en la historia, para tiempos seculares tal vez, el fracaso de un ideal desmesurado, la pérdida de una gran esperanza de liberación del dominio del Rey. San Martín comprende la enormidad del momento, la infinita trascendencia de la batalla y no olvida hacer presente una vez más á sus oficiales, que precisa realizar el mayor de los esfuerzos porque una hora más y la suerte de un continente será decidida.

Los ejércitos adversarios se hallan frente á frente. Uno á otro se miden, se escrutan, parecen rechazarse antes de entrar en la lid, lanzan ávidas miradas hacia el campo de combate y se apresan á cual más valerosamente al guerrear inevitable. Los vencedores de Bailén y cien combates más, se agitan desde sus posiciones, diseñan movimientos estratégicos con la seguridad de quien va camino de la victoria. Los empuja el orgullo de su Rey y la



LA BATALLA DE MAIPU

Dibujo de Pedro Subercaseaux

sobre las nevadas crestas de los Andes. La mañana estaba serena: ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes y las aves cantaban entre los espinos en florescencia.

Era el momento supremo en que se jugaba al azar de la guerra el destino de todo un continente. La lucha tenaz y encarnizada por la libertad iba á definirse. Perdida para la causa americana la batalla de Maipú, la libertad ansiada largo tiempo y que había fecundado el suelo americano, de Carabobo á Chacabuco, con sangre de héroes, iba á desvanecerse, si el genio de la guerra era adverso á los patriotas. Todo el esfuerzo, todo el heroísmo derrochado en lides anteriores palidecería ante el triunfo de las huestes del Rey, cuyo dominio harfase invencible, agotados como estaban los recursos para el ejército patriota que había concentrado todas sus energías para el momento supremo y que ahora se presentaba cargado de ansiedad, pero vigorizado por la llama fortalecedora del ideal de libertad. Un gran pueblo esperaba el momento decisivo que habría de determinar cuál sería su suerte en el tiempo por venir. Ganada por los ejércitos realistas

fe en sus armas. Para los contrarios se dibuja en el horizonte la palma de la victoria para aquellos que supieron conquistarla en lid denodada por el prestigio de ser libres.

Es medio día. El ejército del Rey permanece inmóvil en actitud de defensiva. No rehuye el combate: se apresta á la defensa. Se diría que por la mente no cruza la sombra siquiera de la derrota. Las últimas órdenes de San Martín han sido cumplidas.

Los cuerpos del ejército patriota han tomado cada cual el puesto que les corresponde en la lucha. Con hábiles maniobras han ido á colocarse en disposición de lanzarse sobre sus adversarios. A paso de triunfadores avanza Las Heras á la cabeza del batallón Los Andes, precipita sobre la llanura á sus granaderos montados y va en amenaza directa hacia la más fortalecida posición enemiga. Una descarga de artillería se cierra sobre sus cabezas, pero avanzan, avanzan sin trepidar, rápidamente; les siguen los Infantes de la Patria de Chile que pugnan por ser los primeros en vencer ó morir, en tanto que la artillería de Blanco Encalada descarga sobre el enemigo sus proyectiles. El enemigo, percatado del ataque, inicia un movimiento con el que pretende aislar á Las Heras y su ejército, sobre el que se precipitan los jinetes realistas. La lucha ha comenzado impetuosa, delirante,

casi desmedida. Una nube de tormenta ensombrece la llanura. Ensordece el estallido de los cañones y atruena la fusilería. Tremen los estandartes y sobre el campo cruje el trotar de los caballos de guerra. Un grito enorme de ¡viva la libertad! que sale de mil pechos colmados de un heroico impulso, hiende el vacío. Y le responde otro como el primero, inmenso: ¡Viva el Rey! De improviso se ve aparecer á los comandantes Manuel Encalada y Medina; marchan gallardamente al frente de sus escuadrones de granaderos. La caballería realista los aguarda. Avanzan los primeros, sable en ristre, poseídos de un ímpetu lírico; los jinetes del Rey han vuelto las espaldas; en su fuga les fustiga las descargas certeras y tenaces de la artillería patriota; ahora se refugian en su primera posición. Los bravos coraceros siguen en persecución de los fugitivos; han dejado en el campo numerosos compañeros doblegados por la muerte, pero eso no les detiene. Un ardor quimérico les empuja hacia adelante y prosiguen la persecución. El ejército realista está ahora aislado en su ala izquierda y es amagado abiertamente por su centro. Sobre la altura de su posición se dirigen los granaderos patriotas en un movimiento envolvente. Los defensores del Rey comprenden el ataque y se ponen á la defensiva. Ahora una parte de los ejércitos se miden á cien metros. Cargas nutridas de fusilería dominan sus filas. La lucha está empeñada. Las fuerzas realistas han conseguido rehacerse, en tanto que los ejércitos libertadores, habiendo hecho pérdidas considerables, ven dispersarse algunos de sus batallones. Un momento la victoria arroja sobre sus frentes heroicas las sombras de los vencidos. La victoria esquiva y huraña, se inclina al lado de los realistas.

Un ¡viva el Rey! llena el campo. El león de Castilla se desprecia, se diría que alarga su gran garra para afianzar una vez por todas el dominio de la corona en el suelo del continente de Colón. A grandes gritos de victoria el ejército realista, poseído de un íntimo frenesí, se lanza sobre las huestes independientes. Todo parecía perdido; un desconsuelo desgarrador oprime á los jefes libertadores; el sol de un ideal infinito y enorme parece ocultarse tal vez para siempre; más, de improviso el adversario victorioso, se detiene, vacila; es la artillería chilena de Borgoño que dispara sobre él una lluvia de proyectiles, un fuego impetuoso y mortal que detiene el avance triunfal de los ejércitos de España: fuego denso de metralla atruena el campo. La victoria se ha detenido frente al empuje temerario de la artillería chilena. Un toque de clarín vibra poderosamente hendiendo el espacio y un momento más se ve á la reserva independiente marchar aceleradamente con extraño furor hacia el enemigo.

Desde Loma Blanca, San Martín observa el desarrollo del combate. Su actitud es serena y tranquila. Ordena destacar algunos cuerpos sobre el flanco libre del enemigo. El fuego se sostiene con intrepidez asombrosa, pero un movimiento total de los ejércitos del Rey ha hecho cambiar de aspecto el combate. El Infantes de la Patria de Chile ataca con furor espartano. La batalla se ha reanudado con encarnizamiento en toda la línea. Los cazadores montados de Los Andes y los Lanceros de Chile reciben órdenes de San Martín de arrollar la derecha de la caballería enemiga; los bravos emprenden el ataque con bizarría sin ejemplo á carga irresistible, que causa enormes destrozos á los adversarios, obligándoles á dispersarse. Ya ha desaparecido la caballería realista. Los batallones de la reserva independiente dominan la altura que ocupa el enemigo que los recibe con un nutrido fuego. Es el Burgos, los vencedores en todo tiempo, los valientes de Bailén que rechazaban el ataque con fiereza de leones, glosando sus cien victorias conquistadas. Los gritos de viva el Rey, viva la libertad, se mezclan con el estallido de la fusilería; doquiera el heroísmo realiza asombrosas hazañas. Los estandartes del Rey y de la libertad se agitan al viento huracanado que cruza por el campo de muerte; un esfuerzo heroico por alcanzar el triunfo enardece á los ejércitos contrarios.

Se diría que son leones los que combaten, tal el furor en el ataque y el vigor de la resistencia. Las fuerzas realistas se baten con desesperación tratando de amortiguar las descargas sin tregua y el empuje sin medida del ejército independiente que avan-

za intrépidamente hacia la toma de las posiciones enemigas, causando con sus proyectiles, momento por momento, mayores destrozos en las filas contrarias.

De improviso se ve al grueso del ejército del Rey atacar en un último esfuerzo desesperado á los batallones Chile y Los Andes, que á los gritos de ¡viva la libertad! reciben á sus adversarios, rechazando al denodado Burgos que retrocede diezado. San Martín imparte nuevas órdenes, dispone la concentración de sus ejércitos y ordena amagar en un último ataque al enemigo que se dirige hacia la hacienda del Espejo, en busca de un refugio. Pero aún no se ha empezado su persecución cuando se escucha una aclamación enorme salida de millares de pechos anhelantes henchidos de furor y gloria: es O'Higgins. Ha oído desde las afueras de Santiago las descargas de la artillería y á pesar de su herida se ha dirigido al campo con parte de sus milicianos destinados al resguardo de la ciudad. Llega cuando la victoria corona las sienes de los patriotas, y dirigiéndose al galope, gallardo en su corcel de guerra, va hacia San Martín, al que tiende los brazos gritándole: "¡Gloria al salvador de Chile!" El general de Los Andes, indicando la herida que O'Higgins recibiera en Chacabuco, le dice: "General, Chile no olvidará jamás su acción heroica y su sacrificio presentándose á la batalla teniendo aún abierta la herida recibida gloriosamente". Las figuras de los dos héroes se destacan en la luminosidad de la tarde. Sobre sus frentes de libertadores y de héroes, la lumbre crepuscular prende fulgores de gloria. Así avanzan sobre el enemigo vencido que sigue en fuga abierta en tanto se consuma la libertad de la América.

En poder del ejército libertador quedan en calidad de trofeos, cuatro banderas, doce piezas de artillería, cerca de cuatro mil fusiles y la caja militar con todo el equipo y gruesa cantidad de municiones tomadas á los ejércitos del Rey, que sufrieron en la batalla la pérdida de un general, tres coroneles, considerable número de oficiales, no menos de mil soldados muertos en la pelea por igual número de muertos de parte de las fuerzas independientes.

Como observa acertadamente uno de los más ilustres historiadores de la gloriosa acción de armas, Maipú fué la victoria más reñida de la guerra de la independencia americana y una de las en que mayor tributo de vidas se ofrendara por el ideal de la libertad del continente. Considerada bajo diversas faces, la gran batalla conquistó el derecho á figurar entre las más gloriosas y de mayor trascendencia del pasado siglo; ella cerró con broche de oro la serie continuada de victorias parciales alcanzadas en el continente por la libertad. Por el mérito de sus maniobras, el plan de sus marchas estratégicas, la disposición de los ataques, los medios de defensiva, ha sido considerada como una batalla científica entre las primeras. Por su trascendencia política, Maipú ha pasado á la historia como el punto culminante de la lucha heroica de la independencia, destruyendo el más poderoso núcleo del dominio del Rey y selló para siempre la plena victoria del ideal de libertad por el que se sembraba de cadáveres y gloria el suelo fastuoso y vasto de un continente.

Aún las heroicas jornadas de Boyacá y Ayacucho, ganadas por el ejército libertador de Colombia, no alcanzan en importancia á la de Maipú: pérdida ésta no se habrían realizado aquellas que fueron su consecuencia; perdido Chile para la causa de la libertad habríase desvanecido la campaña del Plata, alejándose toda esperanza de dominio del Pacífico, ni las huestes de Bolívar habrían realizado su avance triunfal hacia el sur. Victoriosa en la célebre jornada la bandera del Rey, habría desaparecido para los americanos la esperanza de próxima libertad.

Es por esto que la América entera á través del tiempo se une á Chile para conmemorar en su glorioso nonagésimo segundo aniversario la heroica y magnífica victoria que le aseguró el título de América libre.

A. BRADOMIN



Luis Navarrete

YA vamos siendo pocos los que aún quedamos entre los compañeros de esa alegre caravana de nuestros tiempos. Los que aún sobrevivimos, ya hemos dejado de ser jóvenes—todavía existían jóvenes entonces. Pero con los ojos de la imaginación nos sentimos rejuvenecidos al recordar las locuras, los entusiasmos y las ideas de los muchachos de aquel entonces. Eramos campechanos y joviales: nada de super-hombres á lo Nietzsche. La juventud, en vez de ser lúgubre y envejecida prematuramente, como ahora, se entretenía ideando las mayores locuras que caben en cerebros humanos. Cantábamos, refamos, hacíamos disparates, amábamos y soñábamos. En suma, conjugábamos una cantidad de verbos entretenidos.

Pero había, también, entre los muchachos de entonces, algunos verdaderamente dados al estudio, que á todo preferían los libros, y que vivían contentos en esa atmósfera serena de los libros y de la cultura intelectual. Esos ni eran aficionados á los disparates, ó, más bien, aún cuando los hicieran de cuando en cuando, no fundaban en ellos su especialidad. Entre los muchachos estudiosos de mi tiempo, entre los más inteligentes y aprovechados, figuraban Enrique Matta Vial y Luis Navarrete, y otros que constituían el círculo llamado entonces "de los filósofos chinos".

Aún me parece que veo á mi buen amigo Lucho Navarrete, el "negro" como nosotros le llamábamos, con su Derecho Romano bajo el brazo, paseándose por el centro á las once de la mañana, en cuanto las clases de la Universidad se levantaban. Era pequeño de estatura, los ojos negros y penetrantes, el cabello ensortijado, el cuerpo vivo y ágil, el espíritu alerta, y la inteligencia de una viveza y de una claridad extraordinarias. Tenía ingenio chispeante, buen humor perpetuo y una alegría sana de las cosas de la vida, no comunes en quienes, como él, tienen que bregar de continuo con contrariedades y pobreza. Es que su alma era esencialmente buena, y sus tendencias nobles. En él jamás se anidaron las víboras de la envidia ó de la soberbia. Lejos de eso: la cualidad que principalmente le caracterizaba era la modestia, una gran modestia, una extraordinaria modestia. Ignoraba en absoluto lo que eran pretensiones, á pesar de su talento considerable y del cual tenía conciencia indiscutible.

Los muchachos de nuestro tiempo se distinguieron por su excesivo empuje; éramos demasiado turbulentos, y entre los más turbulentos recuerdo á Lucho Navarrete. El futuro redactor de "El Mercurio", el hombre de ideas esencialmente moderadas y tranquilas, se distinguía entonces por su espíritu de acometividad. Era un pequeño león.

A lo menos por tal le teníamos sus amigos de entonces. Y lo que más le elevó á nuestros ojos fué una serie de artículos leídos en el Club del Progreso, atacando sin piedad á cierto poeta chirle á quien había pillado infraganti en un plagio de Pelletan. Aquello produjo un escándalo terrible. El ataque de Navarrete, hecho de frente, le cubrió de gloria, y el poeta quedó entre las patas de los caballos. Realmente, Navarrete había necesitado coraje para leerle su artículo al poeta cara á cara. Aún me parece ver al "negro" leyendo su manuscrito con voz firme y tranquila, y arrojando una lluvia de saetas sobre el desgraciado vate.

Pero éste, á su turno, tuvo una salida buena. Replicó afir-

mando que todos los grandes escritores habían plagiado en su vida, y que Salomón había dado la gran sentencia de que no hay nada nuevo bajo el sol.

Numerosos muchachos se acercaron á Navarrete con motivo de este triunfo. Entre ellos, Pedro Balmaceda, hijo del desgraciado Presidente. Era Pedro un temperamento de artista, lleno de imaginación, soñador, ansioso de sentimiento y de vida—de una vida que se le escapaba. Le seducía cuanto significaba talento, esfuerzo ó superioridad intelectual. Navarrete le atraía y le llamó á sí, lo rodeó, lo envolvió delicadamente en cordones de afectos y le atrajo á la Moneda. Allí le conoció el Presidente don José Manuel Balmaceda, gran conocedor de hombres, y le tomó bajo su protección más decidida. Lucho Navarrete fué leal, con entera y noble lealtad, para con el hombre que le había protegido, levantándole y poniéndole á su lado. Y más tarde fué igualmente leal con su memoria.

* * *

Pasada la tormenta revolucionaria, nos volvimos á encontrar. Habían transcurrido varios años, y nos dimos un abrazo. No había vencedores ni vencidos. Por otra parte, la identidad de nuestras aficiones intelectuales nos hacía vivir en una comunidad imprescindible, y ser amigos aún cuando no lo hubiéramos querido. Pocos jóvenes en Chile han consagrado su tiempo con mayor entusiasmo que Navarrete al cultivo de las ciencias sociales. Conocía de memoria la biblioteca científica, los libros de Ives Guyot, de Lebon, de Spencer y de cuantos autores de biología ó sociología llegaban á Chile. Tenía una afición decidida por las estadísticas y los números. Quería leer en ellas el alma de las sociedades. Pasaba, con tal propósito, los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio, tratando de aplicar á su país las leyes sociológicas de los libros. Tal fué el fundamento de su preparación tan sólida para los proyectos de leyes magistrales "sobre Alcoholes" y sobre "impuestos"

que debía presentar más tarde al Gobierno. Un buen día apareció de periodista y como redactor principal de "El Mercurio". Allí se dió á conocer como escritor de primera fila, como periodista de espíritu moderado, como temperamento conciliador, como economista de fuste.

La simiente de la juventud había germinado con esplendorosa. Las ideas habían labrado su camino silencioso y fecundo. Era todo un periodista. Sí, un periodista en el sentido más amplio de la palabra, tal como lo entendía Justo Arteaga Alemparte. Sabía coger al vuelo, como un cazador, las ideas flotantes en la atmósfera, estudiar las corrientes del sentimiento público, interpretarlas con fuerza y con plasticidad. De temperamento naturalmente batallador, Navarrete supo dominarse por completo, mandarse á sí mismo, convertirse en moderado y tranquilo espectador de la vida, inspirándose en las soluciones más sanas de ese término medio tan preconizado por M. Guizot.

Navarrete era, al mismo tiempo, un artista, un exquisito y refinado artista. Ahí está el retrato de don Julio Zegers, dado en nuestro primer número, que es una admirable expresión de alma. Tiene, como artista, el estudio profundo de los claros-oscuros á lo Rembrandt, que supo dar á sus retratos, convirtiéndolos en fotografías en algo exquisito y delicado.

Ha desaparecido joven, en plena primavera de talento y de vida.

EL PRIMER BESO

...Un baiser, mais à tout prendre, qu'est ce?
Un serment fait d'un peu plus près, une promesse,
plus précise, un aveu qui vent se confirmer... etc.

ROSTAND ("Cyrano de Bergerac")

A las cinco y media de la tarde, atravesaba la puerta de reja que resguardaba la entrada de los coches del Cerro Santa Lucía, una elegante victoria tirada por un soberbio tronco de alazanes tostados. El cochero sujetó un momento la pareja para dar tiempo á que el guardián cobrara el boleto de entrada, en seguida acarició delicadamente con la huasca el cuello de los nobles brutos, piafaron ellos, encabritándose un poco, pero luego emprendieron cerro arriba su trote elegante y nervioso.

Llegó el carruaje á la plazuela del teatro y se detuvo de pronto. Lentamente descendieron de la victoria dos niñas lujosamente vestidas, se recogieron las faldas con movimiento involuntario y casi simultáneo, que detalló en parte los hermosos contornos de sus cuerpos, y echaron á andar, subiendo por el angosto sendero que lleva hasta la plaza Pedro Valdivia.

Una de ellas, la mayor, tendría apenas veinticinco años: morena, de cabello negro y ondeado, de ojos brillantes ó inquietos, como toda su fisonomía, revelaba á las claras un temperamento nervioso y atrevido. Su compañera, más esbelta y delgada, de tez pálida y transparente, hacía adivinar en sus ojos azules una alma cándida y pura; su vestido blanco y su cabellera rubia como una espiga dorada, le prestaban ese aspecto soñador y poético de las vírgenes de Frá Angélico.

A pesar de sus tipos tan diversos, se dejaba adivinar fácilmente que eran hermanas: la misma manera de andar, la misma sonrisa, la misma nariz delicada y aristocrática, y, sobre todo, las mismas entonaciones armoniosas de la voz, les daban á ambas ese "no se qué" de parecido, difícil de explicar, pero que se siente, en dos personas

que, diferenciándose en los detalles, se asemejan en el conjunto, sin duda porque corre por sus venas la misma sangre.

Llegaron ambas á la plaza Pedro Valdivia, cuyos árboles, heridos por los rayos del sol que se ocultaba, descubrían sus diversos matices verdes en las hojas que temblaban acariciadas por la brisa de una primavera naciente. El agua corría por la cascada murmurando, y en esa apacible soledad, se sentía muy débil el ruido de la ciudad que se agitaba allá abajo, la campanilla de los tranvías y el lento compás de un reloj que daba la hora...

Ambas se sentaron en un banco junto al estanque tranquilo que por un lado rodea el peñón más elevado del cerro, y la mayor dijo á su compañera:

—Con que, ¿dentro de quince días, María?

—Sí, Elena, dentro de quince días, ó más bien dicho, dentro de catorce, porque faltan dos semanas justas.

—¿Qué exacta estás para contar el tiempo! ¿Dos semanas para dejar de ser soltera! ¿Te sientes contenta?

—Sí, Elena, estoy contenta, muy contenta. Carlos me quiere desde hace tantos años... me lo ha demostrado mil veces: durante aquel tiempo que estuvimos peleados, sufrí mucho, casi tanto como yo; cuando nos encontrábamos en la Plaza me saludaba con frialdad, pero yo he sabido después cuánto le costaba hacerlo. Francisco Pérez me lo contó hace poco, ya sabes que son tan amigos; aquel día que yo le devolví su retrato y sus flores se pasó llorando la noche entera..., pero en fin, ya todo se ha arreglado. ¿No volveremos á creer en cuentos de amigas!

—¡Claro está, le interrumpió Elena, si las mejores amigas no



P. DESCELLES

LA SOPA

sirven más que para eso; pero ya todo pasó y ¡a vivir! Una cosa, sí, me llama la atención: los noto á ustedes muy fríos, demasiado circunspectos; los novios deben manifestarse más...

—¿Crees tú?

—Sí que lo creo: cuando yo estaba de novia, me demostraba mucho más que tú, y eso que Alberto, mi marido, quizá, quizá, era más tímido que Carlos, ¿no es así? Vamos á ver, continuó Elena, acercándose más á María, dime en confianza; al fin y al cabo somos hermanas y más que hermanas, amigas íntimas, ¿te ha dado Carlos algún beso?

María palideció intensamente, después se puso roja como una amapola.

—¡Nó, Elena, nó, cómo se te ocurre!

—¿Y qué, acaso lo que te pregunto es cosa del otro mundo? ¿No se van á casar ustedes en pocos días más? Los besos entre novios, no son pecados.

—¿Quién sabe!

—Mira, María, no seas chiquilla. Te voy á contar, pero en mucha confianza, un episodio de mi noviazgo, para que veas que has sido muy tonta. Eso sí que me has de prometer secreto.

—Prometido, interrumpió María, animándose.

—Pues bien, continuó Elena, Alberto y yo estábamos ya oficialmente de novios, nos habíamos cambiado las argollas, y había hecho yo la visita de vistas. Sólo faltaba mes y medio para que nos casáramos; tú estabas en el último año de las monjas, ¿no es así?

—Sí, Elena.

—Bueno, Alberto iba todas las noches á casa. Llegaba á las nueve en punto, matemáticamente, porque mi mamá no quería que se retirara después de las doce. Las mamás son muy egoístas y tienen siempre mucho sueño; no son como yo, que te suelo acompañar hasta la una de la mañana.

Alberto, pues, llegaba como te he dicho, á las 9 en punto. Yo conocía su toque en un campanilleo largo, seguido de otro muy cortito. A veces estábamos en la mesa, concluyendo de comer cuando sentíamos el timbre.

—Ahí está el cronómetro Longines, decía mi papá. ¡Cuándo será el día que te cases, para que se acaben estas latas nocturnas!

Yo me levantaba en el acto, llamaba al sirviente, le hacía encender las luces de la salita, donde encontraba á Alberto, generalmente mirando distraído cualquier cosa. Nos saludábamos cariñosamente aunque hubiésemos estado toda la tarde juntos. En seguida entraba mi mamá ó alguno de mis hermanos, y después de los saludos y preguntas de estilo, nos sentábamos, ellos por un lado y Alberto y yo en el rincón más apartado de la pieza. Allí estábamos hasta las doce, hora en que los bostezos de mi mamá advertían á Alberto que había que despedirse.

No te diré de qué hablábamos por que tú lo supondrás fácilmente ya que te encuentras en el mismo caso que yo; nos decíamos mil tonterías, conversábamos mirándonos fijamente á los ojos, y muchas veces nos quedábamos en silencio, sin decirnos una palabra, pero muy juntitos, respirando apenas.

¡Cuántas promesas de amor nos hicimos entonces, que felizmente no hemos olvidado todavía, cuántas veces estudiamos el arreglo de nuestro futuro nido, cuántos proyectos disparatados concebimos, que á nosotros nos parecían de lo más hacederos!

Una noche estuvimos discutiendo la música que se había de tocar en el matrimonio. Alberto quería oír la marcha nupcial de Mendelssohn y una de las canciones sin palabras, la número 9 del mismo autor. Yo pedía música menos conocida, y sobre todo un minuetto de Massenet que me encantaba.

Alberto se opuso no sé por qué; yo insistí, discutimos y por último, el muy atrevido me dijo que lo hacía tocar si... ¡le daba un beso!

Me puse muy seria.

—¿Como vuelvas á decir eso otra vez, le dije, peleamos de veras!

Alberto insistió sin embargo y me dijo á media voz los versos aquellos del Cyrano de Bergerac: "Y al fin y al cabo, qué es un beso, señora, un juramento... etc."

No lo dejé concluir, amenazándolo de nuevo. Nos despedimos con sequedad.

¡Ay! pero esa noche, María, no pude dormir. Los versos del Cyrano me machacaban y herían la memoria de una manera tenaz:

"Y al fin y al cabo, qué es un beso, señora."

Yo le había oído á Thuiller y á Maggi el Cyrano y repetía en español y también en italiano:

E ch'è un bacio? Un giuramento fatto..."

y me daba vueltas en la cama pensando y cavilando. Si te digo que cuando una está enamorada se pone muy tonta, pero muy tonta ¿no es verdad?

—Sí, que es verdad, contestó María en voz muy baja.

—A la mañana siguiente busqué en la biblioteca de mi papá el original en francés del Cyrano.

Nerviosamente recorrí las páginas del tercer acto hasta encontrar aquello:

"Un baiser, mais à tout prendre, qu'est ce?
Un serment fait d'un peu pres, une promesse..."

Aquella obsesión no me abandonaba un momento; tú sabes que soy apasionada y voluntariosa en extremo. Lo que empezó por un sincero disgusto de mi parte al oír su proposición, se había transformado después en un deseo verdaderamente loco.

—¿Qué tiene? me preguntaba yo; si nos vamos á casar dentro de pocos días, ¿por qué no he de darle un beso? ¿quién va á saberlo?

Esa noche, se me antojó que Alberto se había atrasado, á pesar de que llegó, como siempre, muy puntual. No me tocó el punto, temeroso sin duda de disgustarme. Así pasamos cinco días sin hablar de aquello, y durante esos cinco días yo no pensé en otra cosa. Hay un libro de Sudermann que se llama "El Deseo", que si lo lees, va á explicarte muy bien lo que es para el corazón que se ve atacado de él, esa pasión terrible de anhelar lo que tiene algo de prohibido.

Por fin se me ocurrió una idea salvadora. ¡Si las chiquillas discurremos á veces unas cosas!... Compré en un almacén cuatro naipes y esperé que llegara Alberto esa noche. Después de un rato de conversación con él, comencé á explorar el camino, con mucho tiento para que no maliciara mi intención; le hablé del minuetto de Massenet y del Cyrano, pero sin darme para nada por aludida. ¡Cayó como un pajarito; si los hombres son tan tontos! y me volvió á hacer el ruego, con timidez al principio, con mayor valentía después, cuando vió que yo no me enojaba mucho por la proposición, sino que le presentaba inconvenientes pequeños y sin importancia. Al fin me dijo:

—Mira, Elenita, si me das un beso, hago tocar en el matrimonio, no sólo el minuetto de Massenet, sino todo el "Re di Lahore" y hasta el "Manon", si te empeñas.

—Nó, no es necesario, le contesté. Lo que me propones es un pecado y no consentiré por nada, á no ser que me adivines una cosa.

—¿A ver, á ver! me interrumpió Alberto.

Yo había dejado anteriormente y con descuido sobre una mesita uno de los naipes comprados. Lo tomé y le dije:

—Mira, aquí tengo un naipe. Toma tú una carta. Si sacas un basto, te doy el beso, palabra de rey!

—Pero eso es muy difícil, me contestó. Es como decirme que nó.

—Si quieres, bueno, y si nó, lo dejas, le respondí, muy serena.

No tuvo más remedio que someterse. Tomé el naipe é hice con las cartas una especie de abanico extendiéndolas. Alberto alargó temblorosa la mano y cogió una carta. La dió vueltas y su cara se iluminó de alegría. ¡Era el siete de bastos!

—¡Te lo gané, te lo gané! me dijo en voz baja, pero lleno de felicidad. Ahora á cumplir. ¡Lo prometido es deuda!

Mi mamá tocaba al piano, dándonos la espalda, el primer acto de "Zazá", me acerqué rápidamente á Alberto y... le cumplí mi promesa.

En ese instante anunciaron el té. Me separé de mi novio para ayudar al mozo á servirlo, dejando sobre la mesita el naipe dado vuelta al revés. Alberto rojo de emoción y no sabiendo qué hacer, cogió las cartas y las miró al principio distraídamente, pero acto continuo se puso muy pálido.

¡Todas las cartas de la baraja eran bastos!

Me dió una mirada indefinible: extraña mezcla de vergüenza y de alegría. Yo no tuve más remedio que reirme á carcajadas. Alberto dice que no me ha perdonado nunca la broma, pero yo creo lo contrario.

★

Cuando terminó Elena su narración, caía ya la noche; los últimos resplandores del sol, se habían ocultado hacía rato, después de iluminar con sus reflejos, la Virgen del San Cristóbal y los contrafuertes de la Cordillera. El cielo, poco antes, coloreado de un verde muy tenue, que hacía detallar con admirable precisión las torres y los edificios altos de la ciudad, se iba obscureciendo poco á poco. A través de las calles se divisaba una larga fila de focos eléctricos iluminando á Santiago y se alcanzaba á distinguir á los transeúntes que se dirigían á sus casas presurosos, después del trabajo.

Elena se alzó del banco, tomó á María de un brazo y recogió al pasar una rosa recién abierta. María había quedado intensamente preocupada. Su frente tersa y pura, se veía surecada por una pequeña arruga medio oculta por los bucles dorados del cabello, anunciando quizá un pensamiento y un deseo clavado en el corazón de aquella niña que apenas despertaba á la vida.

Bajaron por el angosto sendero embalsamado por las flores y llegaron hasta el carruaje. Elena dijo al cochero al subir:

—¡A casa!

Partieron los caballos al trote largo y la victoria se perdió en el primer recodo del camino.

★

Dos días después, al entrar Elena impudicamente en el dormitorio de María, encontró á ésta completamente absorbida junto á una mesa. Barajaba cuatro naipes con sus manos temblorosas!...



VISTA DEL CABO EN CORNWALL
Cuadro de Hans von Bartels

DE VERANO

LAURA y Marta han arreglado sus equipajes elegantes, y después de mirarse á los espejos para inspeccionar sus tocados, se sientan una enfrente de otra, esperando la partida del convoy.

Corre por los andenes viento fresco que recuerda el campo. Circulan parejas atareadas, mirando los carros. Los empleados de gorra, marchan indiferentes. Un hombrecillo tiznado se inclina bajo las ruedas para lubricar los ejes. Dos parejas de enamorados se pasean risueñas, alegres ante la perspectiva de un largo viaje propicio á las confidencias á media voz.

En el interior del pullman hay una luz discreta y una paz que invitan al reposo. Se diría una larga alcoba elegante tapizada de claro.

En los labios de Marta hay un gesto de hastío y sus grandes ojos oscuros parecen buscar una imagen perdida.

Habla:

¡Viña del Mar! Todos los años lo mismo. Cinco hace que yo hago este mismo viaje. ¡Oh! Mejor sería una costa solitaria, un mar libre, una chalupita pescadora, y correr por la arena á pie desnudo... y en las tardes, sí, en las tardes buscar una roca para leer...

Laura, que ha hecho también una mueca de ligero hastío, y cuyos ojos claros observaban á los paseantes, le corrige á su amiga:

—¡Verdad! Yo también preferiría una playa solitaria, no tan poética como la tuya, pero donde hubiese más confianza y libertad. Al fin, el verano no es estación para preocuparse de tocados. Pero, ¡qué quieres! Viño es necesario, da el tono, es el *rendez vous* del mundo elegante.

—Ya lo sé; el balneario de moda, una pequeña feria de trajes para llenarlos de arena en la playa. Paseo en la mañana, charlas, comentarios, aburrimento... En la tarde, de nuevo al mismo sitio. Las mujeres cambiando de trajes; los hombres ensayando combinaciones que á veces las hacen aparecer extravagantes. ¡Oh! Yo cambiaría Viña. Ante todo, para mí no tiene un buen recuerdo siquiera...

—No seas ingrata con Viña. ¿Te acuerdas de Jorge, de la temporadita que pasaste antes que él se fuera á la Embajada de España?

—¡Temporadita! Ni te lo imagines! Jorge no escribió ni una postal, y entonces perdí mi gatito prendedor con ojitos de brillantes, perdí mi cartera y mi anillo, que se me resbaló bañándome, y si no huyo tan luego á Santiago, no sé hasta lo que soy capaz de perder...

—¡Loca! Siempre igual: loca y romántica. Te encuentro razón. Viña es la fuerza de la moda. Sería encantador si hubiera más libertad. Yo me desquito con las siestas. Todas las tardes un ratito de estudio al piano. Dejo el salón á media luz, y aquella enredadera de clemátides que tú conoces da un fresco dé lo más agradable...

—¡Ah! Sí, verdad; las siestas son encantadoras, con aquel silencio del pueblo, aquella paz; un poco de piano al principio y luego quedarse dormida al fresco de las persianas corridas...

—Y pasado mucho rato, que á una le parece un minuto, la llaman a las "once", y después, á arreglarse para el paseo de las tardes, un paseo insoportable, con esos hombres que se pasan en el restaurant.

—Por eso yo digo, Laura: otra costa, otro veraneo, otras cosas distintas, más gratas, menos aburridoras, algo que nos amenice la vida haciéndonos soñar... sí, un poco de ensueño, de... Mira aquel hombre que viene ahí, ¡qué cara trae con esos tiznes! Los ojos se le ven espantosos. ¿Sabes que se parece á Ernesto? A propósito, ¿volvió Ernesto de Viña, de su luna de miel?

—No lo sé bien. Creo que los diarios anunciaron el regreso.

¡Qué matrimonio más retrasado! ¡Diez años de novio, niña! Los dos estaban quedando como esqueletos de flacos.

—¿Por qué?

—No preguntes indiscreciones. ¡Qué se yo! Ernesto no era feo.

—¿No era feo? ¿Pero que ha muerto para que hables como de algo pasado?

—No; pero los hombres ya cuando se casan, para nosotras las solteras pasan á ser tiempo pasado.

—O tiempo perdido, dirás mejor. Cierto: buen mozo, con esos ojos y su bigote rubio. Y casarse, niña, con la pobre Berta, una *nadita* de mujer, que no habla, no toca el piano, no tie-

ne ninguna gracia. Pero, díme: ¿qué le pudo gustar en ella á Ernesto? ¿qué sabe hacer Berta?

—Algo que no le disgustará á Ernesto. Pero, ¡vamos! tú te has empeñado en preguntar unas cosas!...

—¡Atendiendo á que me llevas cuatro años, mujer! ¿No te acuerdas que en el colegio de las monjas tú eras mi consejera en casos difíciles?

Las dos amigas se miraron á los ojos, sonriendo. Hay en esa mirada un mundo de recuerdos, un mundo de amadas cosas idas que han dejado muy buenas memorias, que guardó el claustro, los largos corredores conventuales.

De nuevo habla Laura, la mayor:

—Marta, ¡qué cosas tienes! ¿Te acuerdas aquella tarde...?

—¿Cuándo?

—La tarde de tu consulta. ¡Qué susto te hice pasar!

—... (Marta ríe con encantadora malicia)...

—Han pasado algunos años. Entre las dos podemos calcular edades con sinceridad. ¿A ver? 95, 1905, 907... ¡Doce años! Tú tienes veinticinco; yo, veintinueve... Aunque para todos, tú 19; yo apenas 24. Porque estas restas se hacen así... aunque proteste mi abuelito, que se empeña en que no me quite ni media hora de edad.

—¿Tú, veintinueve?

—Sí, veintinueve, y ya ves, ¡nada!... Enterrar amores, como los sepultureros. ¡Pronto, los treinta! Y á mí que me parecía tan lejana y tan terrible esa época! Ahora, me resigno. Y tú, veinticinco...

Se quedan en silencio, como si por sus almas pasaran sombras de amores fugaces, visiones dulces, imágenes seductoras; pero como sombras, nada más.

Laura reanuda la conversación con desmayo:

—¡Y á Viña todos los años! Qué insoportable se me hace Viña!

—Horroroso ese pueblo, monótono, estúpido. Ir á una de esas playitas donde hay arena blanca, gaviotas, muchas gaviotas, peñas tapizadas de algas, para leer unas páginas en las tardes. ¡Y no Viña, con sus tonterías y exigencias!

El pito del conductor anuncia la partida.

Llegan corriendo al pullman dos muchachos elegantes, que saludan á Marta y Laura, mirándose luego entre ellos con un signo de inteligencia.

Ellas conversan agitadas ante la llegada de los nuevos viajeros.

—Qué casualidad. Luis y Armando. Ni con campanillas. ¿A dónde irán?

—"El Diario Ilustrado" dijo ayer que á Buenos Aires, para el centenario; pero no llevan mucho equipaje. ¡Cómo saberlo!

—¡Bah! Muy sencillo.

—¿Cómo?...

—Muy sencillo...

—Vaya, Marta, no bromees. Dílo luego.

—Preguntádoselos...

Y acto continuo, Marta, con una de sus mejores sonrisas, se dirige á Luis, con quien ha empezado hace pocos días un agradable *flirt*:

—Con que á Buenos, Luis. Lo felicito. Lo supimos ayer por el diario.

El joven, gratamente sorprendido:

—Sí, pero antes pasaremos un mes en Viña. ¿Y ustedes?

—A Viña también.

Hay un cambio de sonrisas. Marta insinúa que se acerquen para charlar. Ellos lo hacen. Los papás que van á un extremo del carro, vuelven la cabeza al oír el alegre murmullo. El convoy se pone en movimiento lentamente, con una suavidad que adormece. Luis se mira con Marta; Armando con Laura. Esta dice con regocijo:

—Qué casualidad. A Viña todos.

—¡A Viña! (repite Marta). Pero qué encantador es Viña del Mar. Yo adoro ese pueblecito lleno de enredaderas. No sé cómo hay gente que prefiere las costas solitarias. ¡Viña!...

—¡Oh! Sí, qué encantador es Viña (insiste Laura, y las dos han dicho esto con profunda sinceridad).

Y ya, cuando por las ventanillas del pullman entra el aire fresco del campo que agita los velos de los sombreros de ellas, repiten los cuatro, mirándose al fondo de los ojos:

—¡Oh! Sí, ¡qué encantador es Viña!

GABRIEL DEL MAR

La Ciudad de Santiago

Sus planos y sus transformaciones

POR error, durante algunos años, se creyó que Pedro Valdivia había levantado su vivienda detrás del Cerro Santa Lucía. Influyó en esta creencia la situación bien defendida que esa montaña ofrece. Se sabe cuán vigorosamente los indígenas atacaron á los fundadores. Así, por varios años, se rindió veneración á unas ruinas del barrio de Villavicencio. La propia calle en que dichas ruinas se encontraron fué bautizada con el nombre del Capitán Extremeño.

No era eso. Los historiadores pudieron luego comprobarlo con el sólo testimonio de los primitivos planos de Santiago; y no sólo los primitivos, también el de Frezier que data de 1712. Este plano, detrás del Santa Lucía, nada señala, ni siquiera una mala finca.

El aspecto vetusto del barrio de Villavicencio se debe á la pobreza de su edificación. En realidad sólo cuenta poco más de cien años. Hasta los últimos tiempos de la colonia no fué otra cosa que un pedregal, formado contra el Cerro por el río que ahí se partía en dos, como en una gigantesca punta de diamante. Uno de los brazos del río tomaba por lo que ahora es la Alameda de las Delicias.

Sólo cruzaban ese pedregal dos canales llevando agua, el uno hacia el Alto del Puerto (calle de la Merced); el otro, hacia el Carmen (Alameda).

En ambas extremidades del Santa Lucía, donde caían ambos canales, dos molinos se establecieron, desde el siglo XVI. Uno de ellos lo instaló el conquistador don Rodrigo de Araya. Este, sobre la misma base que le diera don Rodrigo, duró hasta hace pocos años con el nombre de *Panadería Santa Lucía*. Ocupaba el sitio preciso que hoy ocupa la costosa y fea escalera que un alcalde de mal gusto dió como subida á la pintoresca montaña.

Los cursos de agua que movían esos molinos fueron los mismos que corrieron hasta ayer, cuando se inauguró el alcantarillado de la ciudad. Eran dos canales muy remotos, tan remotos que los historiadores están de acuerdo en creer que no fueron los españoles quienes los abrieron, pero sí los indígenas, en siglos anteriores, habiendo aprendido de los incas del Perú el arte de la irrigación.

Cuando el alcantarillado moderno dejó en desuso esas anchas é históricas acequias, tuve pena: durante cuatro siglos, regando los plantales de tantas generaciones, sin dejar un sólo momento de correr sus aguas generosas, habían visto desarrollarse una gran ciudad y habían calmado la sed de todo un país, desde el conquistador que lo fundó hasta el último roto que ví, en la acequia á tajo abierto de la Alameda, sacar en una cáscara de sandía un gran trago de agua turbia.

★

El área de la población, á principios del siglo XIX (plano de John Miers), ocupaba de la planta del Santa Lucía á la calle que es hoy de Manuel Rodríguez.

Como todo es convencional y la ilusión influye, lo que se encontraba fuera de ese cuadro de manzanas hacía el efecto de estar á gran distancia. A la finca de la familia Iñiguez (Alameda esquina de Dieciocho) se iba en birlocho á tres caballos... Sin ir tan lejos, recuerdo yo haber mirado como una enorme distancia el trayecto de la Plaza de Armas á la Avenida Vicuña Mackenna. Cuando el macadam llegó hasta dicha Avenida, y las veredas de asfalto y el alumbrado, la distancia se acortó. Hoy los niños de cuatro años van por sus pies de la Plaza de Armas á la Avenida Vicuña.

Tanto mayor parecía la distancia que en los primeros siglos

separaba el lado sur de la Alameda, cuanto era ésta un brazo de río, y nada despreciable, pues las aguas le corrían todo el año. Entonces muy pocos canales le robaban sus aguas al Mapocho. Hoy, entre Santiago y las Condes, no menos de treinta canales arrancan del río y lo dejan escueto. Tampoco se había construído el tajar de Garro, el cual, á la altura de la Providencia, atajó, después, el acceso del río por la Alameda.

El actual paseo de la Alameda se obtuvo rellenando el lecho del río con las basuras de la ciudad, durante doscientos años. En el sub-suelo de ese admirable boulevard que se llama Alameda de las Delicias, hay dos siglos de mugre santiaguina!

El río, dividido por el Huelén,—démosele su doloroso y poético nombre indígena,—se unificaba, de nuevo, á tres kilómetros hacia la cordillera de la costa. Formaba así una isla, bastante estensa, cerrada al oriente por la masa del Huelén y por los barrancos en todo su contorno. Era un punto bien defendido. Ahí estaban las rucas de los aborígenes, los cuales tenían que defenderse de las invasiones del norte. Ahí puso su campamento Pedro Valdivia, al lado de las rucas indias, y ahí se parapetó.

En el ángulo nor-este de este islote, formado por la separación del río en dos brazos, los españoles, con buen ojo, echaron las semillas de la ciudad, esto es, la casa del gobernador, la catedral y el cementerio.

La casa de Valdivia,—ello está comprobado de un modo absoluto,—quedó en el ángulo de la Plaza de Armas, que hoy ocupa el Correo Central. Donde se levantó más tarde la Catedral, la huerte de Valdivia puso el cementerio; y el templo lo pusieron, los españoles, donde existen ahora la capilla del Sagrario y Palacio Arzobispal.

Ese fué el punto de partida, el *Forum* de la ciudad, que, por su acendrado misticismo, iba á merecer más tarde el nombre de Roma de las Indias.

Al oriente y al sur quedó delineada la Plaza de Armas, con las mismas dimensiones que ha conservado hasta hoy; y trazada, la calle del Rey (del Estado), camino á la Capilla del Socorro que levantó Valdivia (San Francisco), y la calle que hoy se llama de La Merced, camino hacia la iglesia del tesorero Alderete (La Merced).

En estas direcciones, los conquistadores que iban llegando ponían sus chozas. Ahora, en todas direcciones, hasta perderse de vista, en el activo movimiento de una capital moderna, se ven filas de palacios.

En la Plaza han quedado, en los mismos sitios en que los conquistadores las cimentaron, la Catedral y la Gobernación (actual Intendencia). ¡Con qué lujo se ostentan ahora ambos monumentos! En los otros costados se vieron, luego, una muralla en lo que es hoy Portal Mac-Clure y una raquílica arquería en lo que es hoy Portal Fernández Concha.

En torno de ese Foro miserable que fundaron unos perdidos aventureros españoles del siglo XVI rumorea hoy una población de 400,000 habitantes, activa, llena de electricidad, mundo de mujeres bellas y de hombres civilizados y varoniles. A tanta distancia de la Europa, en el punto más lejano de la América ignota, en menos de cuatro siglos, todo se ha hecho.

Esta labor rápida é inmensa, esa Plaza de Armas,—en la cual con agradable inconciencia vamos á pasear todas las tardes,—la ha visto hacerse y deshacerse. Cuando, en los rosados crepúsculos del verano, me siento á descansar entre los prados que forman el delicioso parque inglés de ese paseo, veo que nada queda del primer tiempo: la Catedral de la colonia está sepultada bajo un templo



Don Ambrosio O'Higgins, reproducción de un dibujo de 1776

moderno de lujosa y banal arquitectura. Ya no existe, en el patio de la Catedral, ese campanile, semejante á los de Florencia y de Siena, del cual decía don Manuel Salas, aludiendo á su situación aislada: "Es lo único independiente que hay en Chile". Los portales de Sierra Bella,—desde los cuales los capitanes generales con su corte asistían á las corridas de toros y á los autos de fe,—están reemplazados por la masa de enormes edificios comerciales; y el silencio apacible de aquellos siglos vegetativos y piadosos ha desaparecido ante el bullicio de un tráfico incesante...

Nada queda pues, en la Plaza de Armas, que le sirva de camino á la imaginación para remontarse hasta el pasado. Sin embargo, ese monumento de mármol que hay en el centro de la Plaza formaba parte de la pila que allí fué colocada en 1836 y destruída en 1892, cuando la antigua ornamentación se cambió por el jardín actual. Al desaparecer la pila quedó su parte céntrica, el monumento de mármol. Ese monumento, de mármol de Carrara, fué hecho en Italia, en 1825, por el artista Francisco Orsino. Lo trajo de Génova, en esa época, el comerciante don Francisco Javier Rosales, quien fué más tarde un brillante diplomático. El 14 de Abril de 1829 la Municipalidad de Santiago lo compró á Rosales en la suma,—entonces enorme,—de 12,000 pesos, pagaderos en cuotas de 1,335 pesos hasta completar la mitad del valor, y el resto en mensualidades de 600 pesos. Era intendente don Rafael Bilbao, padre del filósofo, lo cual basta para explicar su prodigalidad. La adquisición del monumento traido por Rosales era una locura. 12,000 pesos eran, entonces, la mitad de la renta total del Municipio.

Hubo muchas dificultades para efectuar la segunda parte del pago. El Municipio *pelucón* (conservador) que reemplazó al *pipiolo* (liberal), que había adquirido el monumento, se negó á seguir pagando. Rosales quiso embargar al Municipio, para continuar pagándose, el ramo de carnes muertas. Pero el Ministro Portales,—que poco gustaba de deudas y menos si eran *pipiolas*,—barajó el embargo. Y así quedó de trapalón el Municipio (lo cual ha seguido siendo su característica) y Rosales de acreedor sin esperanzas...

Sobre la miseria municipal de aquellos años, entre otros, se tiene este dato: el aseo de la ciudad se hacía, cada mes, aprorrandando á lance las carretas de las chaeras vecinas. Y ese Municipio había adquirido un monumento por valor de 12,000 pesos... ¡Tierra española!

Pasaron seis años: la Municipalidad en mora; el acreedor insoluto, cobrando aquí y allá; en un ángulo de la Plaza, tirados á la intemperie, los cajones conteniendo los mármoles...

Fuó nombrado intendente el señor Cavareda, hombre activo y que estaba cansado de ver la Plaza solo plaza en el nombre. En realidad ésta no era sino un vasto potrero, en el cual rebrotaban los espinos de la tierra india, y cruzado por ancha acequia, en el salto de la cual el general Freire adiestraba sus potros aconceguinos.

Cavareda inició la pavimentación de la Plaza. Poco después, el 8 de Abril de 1836, nombró una comisión de ediles á fin de que viera y activara los planos y el presupuesto de una cañería de agua al centro de la plaza, cañería de la cual la pila de Rosales vendría á ser el recipiente. Portales, siempre práctico, acabó por pensar que valía la pena pagar la pila á trueque de perderla, y sancionó el acuerdo del intendente, quedando así el pago definitivo de la pila garantizado por el Fisco.

Esos mármoles nos ligan al pasado. La imaginación puede, en ellos, anudar recuerdos. Tienen batallas y cuadros patrióticos en sus bajos relieves. Son episodios de la Independencia, pero nó de la de Chile como lo creen los santiaguinos. En la coronación, en torno del indio que representa á la América, donde la Libertad está rompiendo las cadenas, se ven cuatro lagartos tropicales escupiendo agua al receptáculo (ahora ausente). Esto demuestra que la alegoría se refiere á la independencia de una de las naciones del trópico americano. En el pedestal cincelado vemos el retrato de Bolívar sostenido por el cóndor que fué el emblema de la expedición libertadora de San Martín. En otra faz, en un bajo relieve, vemos el final de la batalla de Ayacucho. En otra la entrada á una ciudad, de un ejército victorioso. Todo esto indica que la pila fué mandada hacer para el Perú á la raíz de su emancipación, obtenida por las fuerzas combinadas de San Martín y de Bolívar. No ha llegado á nuestro conocimiento de cómo fué á caer esa obra en manos del señor Rosales.

No obstante, ese monumento, mirado á la gloria del crepúsculo, nos evoca la epopeya de nuestra libertad y el recuerdo de nuestra triste y lenta vida colonial. Y la imaginación, que se excita fácil-

mente, abarca un cuadro de más de tres siglos. Veo el corralón de adobones con que los soldados de Pedro Valdivia señalaron la plaza; y veo, el 29 de Agosto de 1891, caído ese día el Gobierno del Presidente Balmaceda, el pueblo que la invade con intenciones de saquearla. ¡Qué de cosas en esos siglos!... Los rudos capitanes del conquistador lo levantan sobre sus espaldas, como en un broquel, y lo aclaman gobernador por el rey. Comienzan las disensiones... El violento Villagrán hace cortar la cabeza á su feliz rival, Pedro Sánchez de la Hoz. Y comienzan los asaltos de los indios, las catástrofes... En medio de la Plaza, en la trágica noche del terremoto de 1647, el sublime obispo Villarreal, con la cabeza vendada y manando sangre, sereniza á la espantada multitud, "oyéndose su voz claramente hasta en la cañada (la Alameda)"... También los

amores... El codicioso y enamorado general don Francisco de Meneses, de la casa real de Portugal, asistiendo á una corrida de toros, fijó sus ardientes ojos en la bella doña Isabel Bravo de Saravia, hija predilecta de los marqueses de la Pica. En secreto, el general la hizo su esposa y su víctima, de lo cual deriva una de las más interesantes tradiciones de la colonia... Pasan por los cuatro costados de la Plaza los esclavos que llevan las talegas abiertas con los treinta mil pesos del Presidente Garro. Ese "santo" hombre había traído sus pesos del Paraguay y los mostraba así, para dementir las habladurías sobre el hecho de ser su fortuna de varios millones y ganada fraudulentamente... Cano del Aponte, soldado y jinete de Flandes, para lucirse á una dama que vivía en el lado oriente de la Plaza,—talvez en la casa de don Francisco de la Morandais,—hizo poner á su caballo *pie en pared*, prueba hípica de las más arriesgadas, y se cayó debajo del bruto, muriendo al poco de resultas del golpe y del desaire... Llegaron otros días... Se oyeron en la Plaza gritos por la patria y gritos por el rey. El

1.º de Abril de 1811 se ha formado allí gran confusión y pánico: el caudillo Martínez de Rozas y el caudillo Figueroa,—el uno por la patria, el otro por el rey,—se han disparado los arcabuces de los Dragones de Penco y de los Granaderos de Santiago; y ambos, vencidos y vencedores, han corrido á esconderse por toda la ciudad... Ahí mismo, el vencedor de Chacabuco, batiendo en su mano de libertador la bandera chilena, juró nuestra independencia el 12 de Febrero de 1818... Me parece que se me viene encima el brioso potro negro del general Freire. Este,—mejor jinete que Cano de Aponte,—cuando salía á la cabeza de su escolta, por donaire y placer, saltaba en uno y otro sentido la ancha acequia que corría á tajo abierto por el medio de la Plaza... Ahí, ahoreando al brigadier-salteador Benavides, se le puso definitivo término á la guerra de nuestra independencia... Ahí, en 1830, el deán Meneses se taimó en plena procesión de Corpus, porque el porta-estandarte del batallón número 4 de guardias nacionales no inclinó la bandera al paso del Santo Viático. Con ese arrebato de eclesiástico orgullo quedó iniciada la cuestión de la Iglesia y del Estado... Ahí se tendió, á lo largo de la vereda oriente, á la pálida cuchilla de una luna otoñal, el sublevado batallón Valdivia en el sangriento amanecer del 20 de Abril de 1851... Ahí, por fin, se vieron los episodios de 1891, en esa Plaza de Armas, en la cual, como en el Foro romano, se ha desarrollado una parte de nuestra historia, con mucho de pintoresco y no poco de trágico.

★

Hasta 1877 la ciudad de Santiago tuvo catorce planos. Después de esa fecha sólo ha tenido tres ó cuatro. El primero que se conoce es el del padre Ovalle y data de 1641. El segundo, es el del ingeniero francés Frezier, en 1712. El de los jesuitas data de 1780. El Presidente O'Higgins (don Ambrosio) mandó levantar uno, cuya plancha se inutilizó en 1793. En inglés John Miers trazó el suyo en 1825. Otro inglés, anónimo, dibujó uno en 1830. Don Claudio Gay hizo el plano oficial de Santiago entre los años 1835 y 1840. Herbage hizo uno en 1841. Vinieron después el de Dejean (1851), el de Gillis (1853), el de Fioretti (1863), y el de Ansart (1877).

Desde 1825 hasta 1877 se publicaron siete planos de Santiago. Ello se explica. Fueron cincuenta años de constante transformación. Desde 1877 á esta parte el movimiento progresivo de la ciudad ha continuado, talvez en mayor escala, pero, por diversas circunstancias, no se han hecho tantos planos. Lo cual para la historia es un perjuicio. Nada le hace mejor crónica á la existencia de una ciudad que la colección de sus planos. Lo que falta en uno se encuentra en otro. Así no se escapan los detalles.

Los planos de la ciudad de Santiago, tenían una sala propia en el edificio consistorial. Ahí servían á la historia de ese monumen-



"Donde la Libertad está rompiendo las cadenas..."

to en eterna construcción y demolición que es una ciudad. Por desgracia, en la madrugada del 1.º de Junio de 1885, la Casa Consistorial se incendió. Los planos más antiguos e importantes se perdieron; otros quedaron deteriorados. Por suerte, en 1872, el intendente Vicuña Mackenna había hecho fotografiar esas reliquias.

Los planos del Santiago antiguo no nos quedan sino en esas fotografías. Desentrañemos de las descoloridas reproducciones lo que fué en el pasado esta noble villa.

El primer plano de plantilla y trazado de la defensa, lo dibujó el egregio fundador Pedro Valdivia en un pellejo de llama,—no había otro papel.—Ese plano lo vertió al terreno el alarife Gamboa con algunas maestras de cordel. El alarife Gamboa,—dice la crónica,—era tuerto, lo cual todavía échase de ver en el trazado de algunas calles. El salario, á ese primer director de obras públicas, se le pagaba en *chuchoca*; en *chuchoca* cada año recibía 500 pesos...

Ese plano, que fué el primero y sería inestimable reliquia, no ha llegado hasta nosotros. De ese cuero en el cual dibujó el fundador, los indios, en la tarde de alguna victoria, sacaban correones.

El primer plano que se conserva es el que el padre Ovalle trazó en Roma y lo trajo, en 1641, impreso en la portada de su historia. Es un plano divertido, lleno de candor científico y de desenfado para exagerar la gloria de la Iglesia en las Indias. Santiago aparece con tantos templos como Roma. Lo demás es un informe hacimiento de casas que se asoman unas sobre otras. En los ángulos se ven palmas reales (*jubea spectabilis*), de las tantas que los españoles encontraron en los valles centrales de Chile. A este perfil, el padre Ovalle acompañó un plano que no es otra cosa que un antojadizo cuadro de manzanas, según el cual la ciudad de Santiago, en 1641, era tan extensa como Roma ó París. Cerca de la actual iglesia de Santa Ana, el padre Ovalle hace figurar un templo llamado San Angelo. Ningún historiador ha encontrado huellas efectivas de ese templo, lo cual comprueba que el buen padre, para ha-

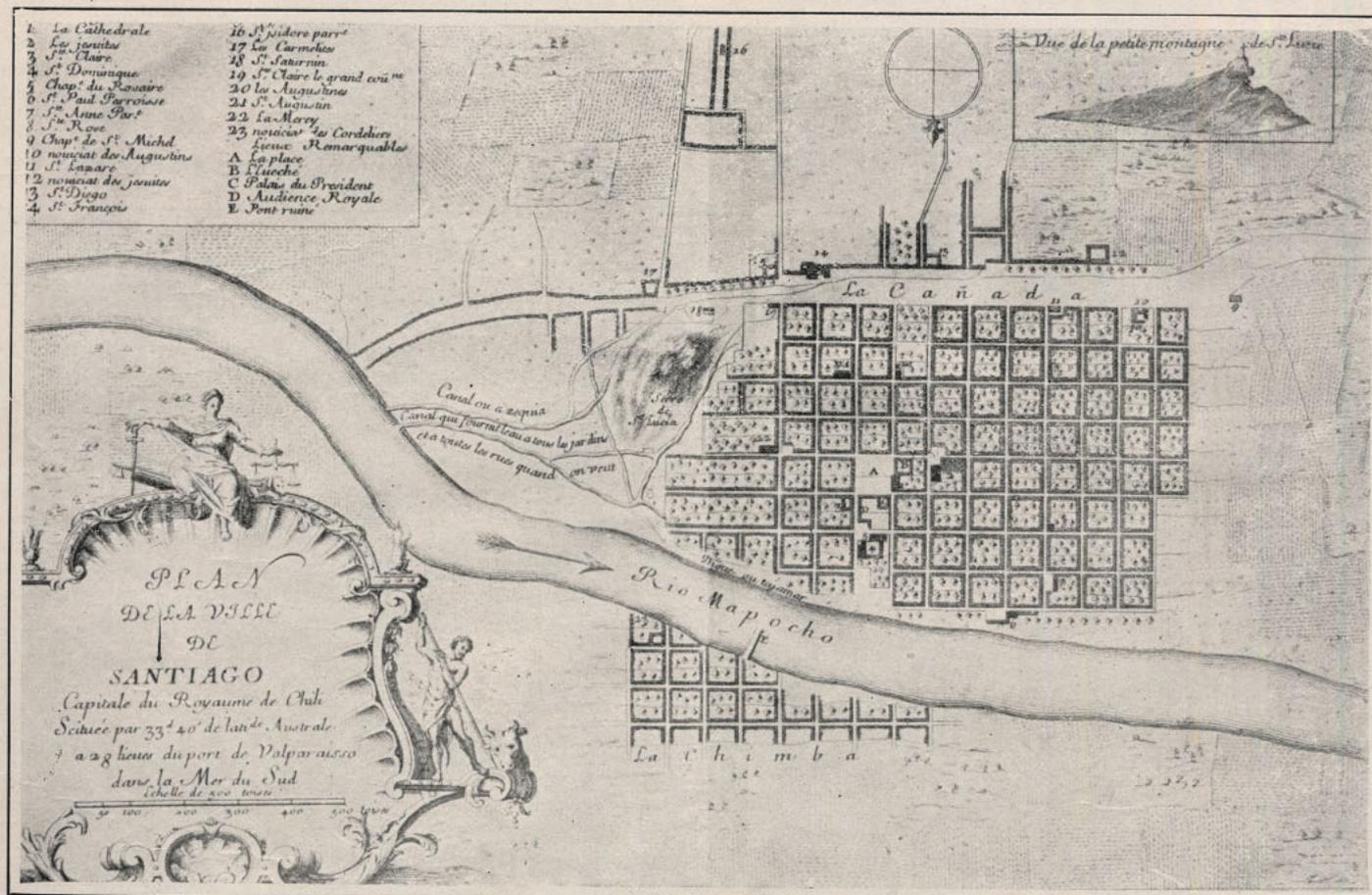
zanas, en posición de oriente á poniente, se extendían desde la calle de Las Claras hasta la del Sauce ó Baratillos (hoy Manuel Rodríguez). De Las Claras y de La Merced hacia el oriente era campo libre. El claustro de La Merced se extendía, en forma de chacra, hasta la falda del Santa Lucía. Las calles transversales entre la Cañada (Alameda) y el río eran ocho. Con lo cual el conjunto de cien manzanas.

La Chimba,—barrio ultra Mapocho,—aparece ya señalada en el plano de Frezier con nueve manzanas regulares. Se cree que en esto el ingeniero exageró la realidad. No había tanta población en ese lado. Más aún, se cree que Frezier, mientras estuvo en Santiago, no pasó el río, sobre el cual sólo había un puente,—el que más tarde se llamó Puente de Palo,—y ese puente estuvo destruído entre los años de 1712 y 1714. Así aparece en el plano mismo. Al otro lado del río había muy pocas casas perdidas en sendos potreros. Por no darse el trabajo de delinear las divisiones y los caminos, Frezier hizo de La Chimba un cuadro de ajedrez cortado por el centro. La honradez geográfica se conocía poco... Un siglo después, en 1825, el británico Miers,—con la escrupulosidad de su raza,—estudió en su plano los perfiles y detalles de ese suburbio.

Hacia el sur, en el plano Frezier, se ven tres ó cuatro caminos; entre ellos el de Santa Rosa, que se llamaba de San Juan de Dios, por el sitio que ahí eligió Valdivia para un hospital; hospital que hoy existe y lleva el nombre de San Juan de Dios. Se vé la calle de Serrano, que era un callejón por el cual los franciscanos internaban las engordas de sus haciendas en los corrales del convento.

Frezier, en ese barrio, indica las boca-calles de Duarte (hoy Lord Cochrane) y de Gálvez. Las dos calles de San Diego aparecen delineadas en toda su estensión. Una de esas calles, la de San Diego Viejo, era, de todo tiempo, el camino central de Chile, el de las invasiones de los incas.

En la parte alta de ese barrio de ultra-Alameda la iglesia de San Isidro aparece aislada en medio de potreros, y el autor la llama,



Plano de Frezier.—1714

cerle creer al Papa que ya había grandes ciudades en Indias, puso cuanto adorno se le ocurrió.

Durante cerca de un siglo la ciudad de Santiago no tuvo otro plano que éste. Ya algunos terremotos la habían modificado, y nuevos alarifes,—tan tuertos como Gamboa,—habíanle señalado nuevos rumbos.

Vino, por los años de 1712 á 1714, un ingeniero y geógrafo francés llamado Frezier. Traía á Sud América una misión secreta de Luis XIV, monarca poderoso que maduraba planes de conquista.

Frezier trazó á hurtadillas, y á ojo de buen varón, un plano de la ciudad de Santiago. Según este plano, por esos años, la ciudad de Santiago contaba ya noventa y nueve manzanas. Once man-

por un error de lenguaje, de San Isidoro. Figura una parroquia de San Pablo, de la cual no se tienen noticias.

San Pablo no estaba ahí. Era un colegio de los jesuitas, cerca del río, en ese paseo de sauces de Castilla, que fué el lujo y el deleite del Santiago colonial. Hoy en San Pablo está la cárcel.

Como trabajo artístico y profesional el plano de Frezier es de primer orden. El perfil del Santa Lucía, dibujado aparte y con esmero, con una cruz de piedra en la cima, forma una viñeta impresionante.

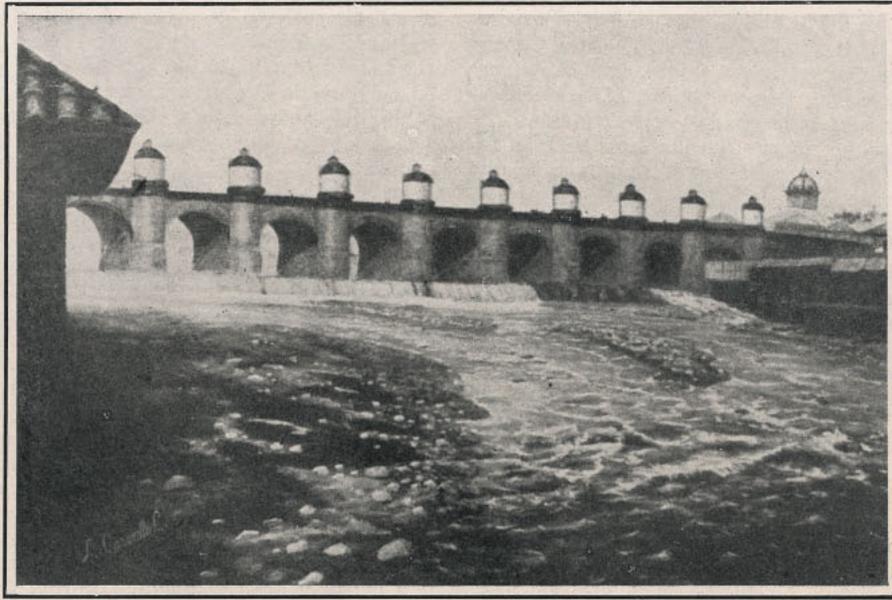
En Italia, algunos años después, el plano de Frezier fué copiado y grabado por Vincenzo Rossi; también lo fué en España donde se le introdujeron modificaciones. Pero el de Frezier es el más her-

moso, coronado por una imagen de la Justicia dibujada al primor.

La copia de este plano hecha en España en 1776, contiene las veintiséis manzanas que en el espacio de medio siglo se le agregaron á la ciudad: son tres calles al poniente, entre el Mapocho y la Alameda. También presenta el proyecto del puente de Calicanto y la construcción de los jesuitas en la Ollería (Maestranza). Se ven las iglesias nuevas de la Caridad, San Saturnino y el colegio Tridentino, más tarde colegio Colorado, en la calle de la Catedral, cerca de Santa Ana. Aparece la "Zecca", primitiva casa de moneda que funcionó en un claustro abandonado por los jesuitas, y los trabajos iniciados de la iglesia de San Ignacio. Ahí (actual calle de San Ignacio) los jesuitas tenían un molino.

El plano que viene en seguida es el de los jesuitas (1780). En él vemos que la población se ha extendido hasta San Miguel, hoy Avenida del Brasil. Eso se llamaba el barrio de Portales, porque era la chacra de la familia de ese nombre.

Vicuña Mackenna, en un artículo sobre los planos de Santiago, escrito cuando éstos se quemaron, en 1885, se divierte con el hecho de figurar un "casino", en la mística ciudad que llamaron Roma de las Indias, en ese plano de los jesuitas. Pero ese "casino" era una lechería, pues tal es el nombre que los italianos dan á las fábricas de quesos y que en Francia se ha adaptado para designar lugares de diversión. El mismo Vicuña Mackenna lo explica. El



Puente de Calicanto, obra iniciada en 1776

jesuita italiano que levantó ese plano en 1780, debió ser grande amigo del marqués de Saravia), pues señala en el plano la lechería ("casino") que éste tenía en el barrio de San Miguel, y la propia casa de éste en la parte alta de la calle de la Catedral.

El mismo plano indica una plaza de toros en el basural de Santo Domingo (actual Mercado Central); y otra en la ribera norte del río, al lado de la Recolectión Franciscana cuyos monjes eran descalzos, por lo cual el jesuita italiano los llama en su plano, "Los Zocolanti".

Este plano de Santiago es el primero que señala el cerro de San Cristóbal (San Christophoro). El título del plano dice: *S. Giacopo, Capitale del Reino del Chile*. Su escala es de 1,350 pies geométricos. El de Frezier y los otros son de 500 toesas.

Este plano de los jesuitas se esmera en dar una idea del mejoramiento arquitectónico de la ciudad, pues, uno de ellos, el jesuita alemán Carlos Inhausen, trajo á Santiago los primeros carpinteros y albañiles que merecieran el nombre de tales.

El plano mandado levantar por don Ambrosio O'Higgins se quemó en 1885 y no quedó ninguna reproducción de él. Algunos lo atribúan al ilustre Toesca; otros al agrimensor Caballero, que fué quien edificó el Consulado, donde hoy se encuentra la Biblioteca Nacional. Era sumamente interesante.

(Concluirá)

B. VICUÑA SUBERCASEAUX



SHERIDAN DE VISITA EN CASA DE LINDLEYS

Cuadro de Margaret J. Dicksee

Las grandes estatuas en la Argentina

DAMOS á nuestros lectores algunas de las grandes estatuas de Buenos Aires, que acaso tengan ocasión de contemplar de cerca muchos de ellos, una vez que se termine el actual ferrocarril trasandino que habrá de unir á Santiago con aquella capital. Se ha dicho que el arte no tiene patria, y así es la verdad. Los grandes escultores italianos y algunos españoles, como Mariano Benlliure, han procurado á la gran ciudad del Plata algunos de sus admirables monumentos. Las estatuas son una forma plástica de la vida de un pueblo.

En la admirable renovación artística y edilicia que ha convertido á Buenos Aires en una soberbia ciudad moderna, el puesto más hermoso corresponde á la actividad italiana. Cuando la ciudad surgía rápidamente, obedeciendo á las necesidades cotidianas de esa República, y sin excesivo lujo de ornamentación ni de obras de arte, la mayoría de los constructores de la villa eran italianos. Ahora que cuenta ya con un millón largo de habitantes, satisfechas las necesidades más urgentes de la vida práctica, el pueblo argentino comienza á sentir necesidades estéticas, á considerar el embellecimiento de ella como algo urgente. Se ha iniciado la glorificación, no solamente de los héroes y escritores ó estadistas argentinos, sino también de algunos italianos como Garibaldi y Mazzini.

David Calandra inició la serie de grandes obras escultóricas con su proyecto de monumento al general Mitre, el ilustre historiador y general de la guerra del Paraguay, tan notable como político á las veces que como escritor. Se presentaron en concurso con él, Coutan, el autor de nuestro hermoso monumento á Vieña Mackenna, y Querol, el eminente escultor ibérico. El proyecto de Calandra, que costaba la mitad de los otros, obtuvo la preferencia, nó por su menor costo, que era de 800,000 liras italianas, sino por su aspecto imponente. Será una estatua ecuestre, en bronce, de seis metros de altura. Todas

las figuras alegóricas serán de tamaño doble del natural, en mármol de Carrara, y figurarán, en cuatro grupos, la Patria, que extiende sus palmas al paso del general, el Valor Civil, el Militar y la Historia, que narra á las nuevas generaciones la vida del patriota. La nobleza de líneas y lo perfecto del modelado, que la distinguen, no serán superados.

El monumento se elevará en la futura Plaza del Centenario, frente al Palacio Legislativo, y cerca de la grandiosa Avenida de Mayo, que nada deja que desear en movimiento y en vida sólo comparables con los boulevares de París. El arte italiano contribuirá, en muchos otros monumentos, á glorificar la historia argentina. Entre otros, el de Gaetano Moretti y Luigi Brizzolara, á la *Independencia Argentina*, que se levantará en la espaciosa Plaza de Mayo, entre la Catedral y el Palacio de Gobierno. En la misma Plaza existe un pequeño obelisco, destinado á conmemorar el mismo acontecimiento. Los artistas tuvieron la feliz idea de respetarlo, incluyéndolo en el monumento nuevo.

En el puesto de honor del monumento se encuentran las estatuas de la Patria y de la Libertad, en actitud de solemnidad hierática. Dos grandes escalinatas unirán los altares simbólicos, en los cuales se desarrollan bajorrelieves de asuntos históricos. En los costados del obelisco, como en páginas de mármol, serán inscritas las fechas más gloriosas de la historia argentina. En la cima, cuatro Glorias ofrecerán su homenaje á los generales de

la Revolución. En lo alto, la estatua de la Nación agitará con amplio gesto la bandera del Progreso en marcha hacia el porvenir, pisoteando los emblemas de la tiranía, de la injusticia y de la ignorancia. La exaltan la Revolución, la Independencia, la Justicia y el pueblo.

El costo de este monumento gigantesco será de millón y medio, cifra probablemente superada. Al concurso se presentaron más de



Monumento á Cristóbal Colón, del escultor Arnaldo Zocchi



MONUMENTO AL GENERAL BARTOLOME MITRE
De los escultores David Calandra y Eduardo Robino



La bailadora, escultura en mármol, original de Mariano Benlliure, para el Casino Español de Buenos Aires.

setenta concurrentes. La ansiedad con que el público esperaba su resultado, venía á convertirlo en un verdadero caso de lucha internacional. Cuando se supo la victoria del arte italiano, hubo una verdadera explosión de entusiasmo, pues todos saben que en la Argentina hay más de un millón y medio de italianos. Miles de telegramas y de fiestas saludaron á Moretti y Brizzolara, los dos artistas, arquitecto y escultor, que se hacían cargo de la ejecución de la obra.

El monumento que Arnaldo Zocchi ha proyectado y que ofrecerá la colonia italiana á la metrópoli argentina con motivo de las fiestas del Centenario, es el de la estatua de Cristóbal Colón, para cuyo concurso se presentaron cinco de los mejores artistas italianos, entre los que hay que incluir á Biondi y Ferrari. En el boceto de Zocchi, surge la figura del gran almirante genovés de lo alto de una columna, bajo la cual, y en torno al pedestal, se agrupa en relieve una brillante concepción alegórica.

En el frente del monumento se destaca la proa de una nave que es atrojada al mar para

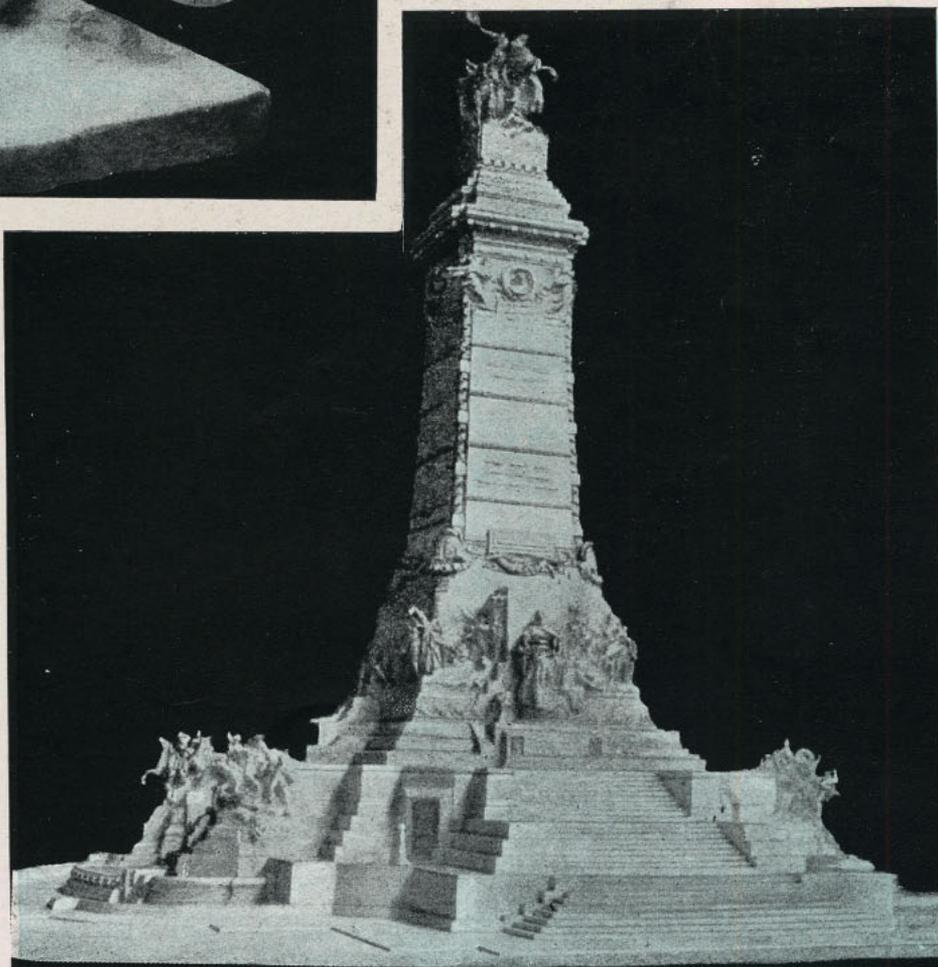
conducir la Civilización á los países desconocidos, figura que aparece con una antorcha en la mano izquierda, mientras que con la otra trata de descorrer el velo que oculta el otro hemisferio. Sentada á un lado está la Ciencia, pensativa, y el Genio en pie señala la tierra lejana. Bajo la figura del Océano se lee el vaticinio de Séneca: "Venient annis—sœcula seris quibus Oceanus—vincula rerum laxet el ingens—pateat tellus Tiphys—que novos—detegat orbis nec sit terris—ultima Thule".

En el lado posterior clava la cruz en el suelo del nuevo continente la fe triunfante del primer navegante. A los lados laterales y en el zócalo hay dos bajorrelieves que representan la salida del puerto de Palos y el desembarco de Colón en América.

Todo el monumento, de bronce y granito, tendrá una altura de 25 metros y se levantará en el Paseo Colón, saludando con su línea digna y sobria todas las naves que acudan al puerto.

En cuanto á la hermosa estatua de Benlliure, que da *SELECTA*, se impone por sí misma. El notable escultor español, el rival de Querol, ha conquistado una reputación tan universal, que parece innecesario hablar de él ó de su obra. Todos le conocen.

Sólo diremos que la bailadora de Benlliure es una concepción tan genial que ha sido admirada en Madrid como una de las mejores obras que han salido del cincel del escultor español. Acaso sean los españoles quienes mejor interpreten el espíritu de las jóvenes naciones que de su patria han venido á crearse en el continente nuevo.



Boceto definitivo del monumento á la Independencia argentina, de Moretti y Brizzolara

FANTASIAS EN PROSA

COSAS MUERTAS

ALINEADOS apretadamente á lo largo de las calles se yerguen los postes como la arboladura de una flota náufraga, ó como un bosque de cruces que multiplicaran sobre la ciudad signos de redención. Nada comprenden de lo que dice esa cabellera tendida sobre ellos, esa pauta de alambres que lleva la misteriosa música del pensamiento. Suaves como una ala, rápidos como un deseo ante una tentación, pasan los mensajes de amor, las promesas que van á encender un sueño, ó á fortificar una esperanza; y ellos, los postes, no tienen en su corteza muerta un solo estremecimiento bajo esa ráfaga de vida.

Son muertos en pie. Pasa el perpetuo tumulto de la naturaleza, y ellos permanecen inmóviles y lamentables. A lo largo de las carreteras tendrán la nostalgia del bosque cercano, y querrán escapar del lazo que les aprisiona é irse á los árboles que les llaman con todas sus hojas, con todas sus flores—y sentirán la angustia del parálisis anciano que contempla dichas de amor y de juventud que para él no volverán jamás.... Tal vez crecieron en esa misma selva que los contempla mutilados; tal vez allí elevaron la copa rebosante de nidos y de gorjeos, sintieron los halagos de la brisa, los abrazos de las orquídeas y la frescura de los manantiales. Y ahora son míseros despojos, tristes troncos sin savia, enclavados en cualquier parte, sin recibir por las raíces jugos nutritivos de la tierra, ni por el follaje besos llameantes de los cielos.

Pero sueñan estos árboles muertos. Sueñan en los campos que el rumor de los bosques es murmullo de voces amigas, que les susurran que no las abandonarán, que les dicen que no están solos, en el silencio de la noche. Y en las ciudades, al encenderse las luces eléctricas, sueñan acaso que, compadecidas, las estrellas han bajado para dormir con ellos...

CARIDAD

Se alzó una voz del fondo de la Naturaleza: "No limpies nin-

gún pie con la cabellera de humillación de la Magdalena,—antes fulge en las constelaciones con el orgullo de Berenice. Alumbrar, no postrar, es amar. Cree en el mejoramiento propio, por el propio esfuerzo. Elévate, dignificate: vayan á esos faros todas las aves de tu pensamiento, todas las corrientes de tu vida. Adora mi soberana inmortalidad en la cadera de Venus y en las pupilas de Minerva,—en la ola que se desvanece y en la aurora

que empieza,—en la apología de Tertuliano y la negación de Bartrina,—en la virgen que ora y en la mujer que se entrega... Cree en mí, porque fuera de mí nada existe.

Las flores son mi coquetería; pero tengo la caridad de mis frutos. Me ofrezco á tí en el azul de mis cielos, en el oro de mis entrañas, en la paz estrellada de mis noches. Quieres vida, y te doy la radiante llama del sol; quieres soñar, y te envío el dulce beso de la luna. Velo mientras tú duermes; trabajo mientras tú descansas. No me inmovilizo, como el Estilita, en el egoísmo: caridad es vida. Yo herví en la sangre generosa de Alonso Quijano; y míos eran Vicente de Paul y Pedro de Betancourt. Buscas sombra, y te la dan mis árboles; tienes sed, y la apagan mis manantiales; sufres hambre, y la sacian mis frutos... Mi prodigalidad es infinita, como yo: no regateo ni cielos para tus sueños, ni mundos para tu pensamiento".

Pero una voz contestó desde el fondo de mi corazón:

"Tuprodigalidad ¡oh madre! es indiferente: llamas caridad á lo que es tu modo mismo de ser. Igual serías si el hombre no existiera. Lo mismo luciría tu firmamento, sonreiría tu aurora, correrían tus ríos y rugirían tus mares. Eres sorda, eres muda, eres ciega. Ni ves nuestras desdichas, ni te compadeces de nuestros dolores. Ni te regocijas por el bien, ni

te entristeces por el mal: no existen para tí. ¿Qué te importan las quejas y los ruegos?

"Tú, máquina formidable, marchas sin detenerte nunca, sin oír los gritos de angustia de los viajeros que llevas por el infinito..."

JOSE RODRIGUEZ CERNA



LAS DOS HERMANAS

Cuadro de E. Friant

FILOSOFIA OPTIMISTA

(Continuación)

En consecuencia, hace más de cuarenta años que la ciencia se ha creído autorizada para proclamar que el hombre está unido á los monos antropomorfos por un parentesco indiscutible, y, posteriormente, han venido á confirmar con gran fuerza esta verdad los descubrimientos de la embriología; la inoculación experimental de la sífilis á los monos—realizada por el mismo sabio autor de esta obra, Metchnikoff, en compañía de Roux, el descubridor del suero anti-dif-térico—y, finalmente, se ha descubierto un hecho de importancia capital, capaz de revelarnos la consanguinidad de las especies: la reacción que presenta el serum preparado con la sangre de un animal, no precipita sino por el serum de la sangre de otro que sea pariente. Así se ha comprobado que el serum de los animales preparado con sangre del hombre, da precipitado, no sólo con la sangre del hombre, sino también con la de los monos superiores, y no lo daría con la sangre de un caballo, por ejemplo.

Establecido este hecho capital para todas las consideraciones sobre la naturaleza humana en un capítulo admirable de ciencia, pasa el autor á describir las desarmonías existentes en la organización del hombre, como él llama á las imperfecciones físicas de ésta. Son numerosas. Primeramente, tenemos en el aparato digestivo: los dientes del juicio reducidos á rudimentos, no tienen ninguna función útil; son causa de perturbaciones que, en algunos casos, acarrear enfermedades graves y, aún, mortales, y faltan en un 10 por ciento de europeos; el apéndice vermiforme, de que se habló hace poco, tampoco tiene utilidad alguna: no prueba el hecho de que falta en algunas

personas y es extirpado sin inconveniente en otras y cuando existe sólo en vestigios no presenta ningún peligro, mientras que los que lo poseen en toda su integridad están expuestos á enfermedad mortal; los órganos rudimentarios como

éste, por su debilidad congénita, se enferman fácilmente, como lo reconoció Darwin; el ciego mismo es un órgano en vías de regresión, mucho menos desarrollado que en los herbívoros y relativamente menos en el estado adulto que en el embrión del hombre; aun más, todo el intestino grueso es un órgano no sólo superfluo, sino perjudicial: se conoce el caso de una persona que pudo vivir perfectamente bien sin intestino grueso, cerca de 40 años, y él constituye un depósito para los residuos de la nutrición, que, entrando en putrefacción, pueden ser absorbidos por el organismo, envenenándolo; además, es sitio de enfermedades graves, como la disentería y el cáncer.

El ojo, considerado como la perfección misma, no lo es tanto: J. Mueller comprobó que no es completa la corrección de la aberración, y Helmholtz, otro gran sabio alemán, nota que el estudio exacto de la organización óptica del ojo causa gran desilusión. El organismo humano está repleto de inutilidades molestas, cuando no perjudiciales, pues á menudo son ellas sitio de la aparición de tumores, constituyen esbozos abandonados en las diversas partes del cuerpo.

Un distinguidísimo anatómista alemán, Wiedersheim

reunió en un volumen el resumen de los conocimientos actuales sobre los órganos del hombre desde el punto de vista de su descendencia. Encontró quince órganos que presentan en la especie humana un progreso considerable respecto de los monos antropófagos, diecisiete en decadencia, todavía capaces de rea-



Mr. ELIHU ROOT, senador por Nueva York.

lizar su función fisiológica de manera más ó menos completa, y no menos de ciento siete órganos rudimentarios (entre los cuales: la carúncula lacrimonal que es un vestigio del tercer párpado de los mamíferos, los músculos inútiles de la oreja y el hueso cóccix, resto de una cola).

A todas estas causas de miseria de la condición humana, se agregan las desarmonías de su aparato sexual interno que contiene toda especie de órganos rudimentarios, algunos perjudiciales á la salud; las manifestaciones disonantes del instinto familiar del hombre, como lo demuestra el decrecimiento progresivo—en vías de completa desaparición—de gran número de pueblos no civilizados gracias á la generalización del aborto y de la destrucción de los recién nacidos, y en los pueblos de cultura elevada por la disminución de la natalidad. La constancia del instinto social en toda la especie humana ha hecho creer que esta propensión natural bastaba para dar á las sociedades humanas base para una vida feliz; sin embargo él es muy débil, pues como en diversas ocasiones se ha observado á continuación de grandes catástrofes, como la erupción volcánica de la Martinica, se desencadenan en las poblaciones instintos anti-sociales.

No es raro que el instinto social sea imperfecto, pues se ha adquirido recientemente—ya que en los animales ó no existe ó es poquísimamente desarrollado,—pero, en cambio, el de la conservación de la vida debiera presentar evolucionado en toda la escala de los seres hasta el hombre. En todos los seres organizados, desde los más inferiores se encuentran disposiciones capaces de asegurar la conservación individual. Sin embargo, es indudable que ni aún los más elevados en la escala animal, tienen noción de la muerte inevitable de todo sér vivo; ella es una adquisición de la especie humana. Desde mucho tiempo se sabe que la vida es más apreciada por los viejos que por los jóvenes. No es siempre muy dolorosa la cercanía de la muerte; lo terrible para el hombre es la certeza de que llegará fatalmente. El examen de los hechos no deja ninguna duda de que el temor de la muerte es un sentimiento instintivo, que si no siempre se manifiesta en perfecto estado de salud, la perturbación de ésta que pudiera ser mortal, la provoca. Se desarrolla lenta y progresivamente con la edad: con pena se ve la aparición de los primeros cabellos blancos. Dice Tolstoi: "La verdad es que la vida no tiene sentido. He vivido, trabajado, avanzado y llegado

á un abismo, pues no existe ante mí otra cosa que la destrucción".

En los viejos se conserva en toda su integridad el instinto de la vida. Ha podido comprobar el autor en los asilos de ancianos, que ha visitado frecuentemente, que todos tenían gran apego á la vida; en uno, se sentían todos abrumados por la idea de la muerte.

De los hechos expuestos se comprueba que, aunque la naturaleza humana por muchos conceptos es perfecta, sin embargo presenta imperfecciones, desarmonías muy numerosas que son la fuente de muchas de nuestras desgracias.

Para paliar los males que resultan de estas desarmonías, tanto las religiones como las filosóficas han inventado numerosos remedios desde los comienzos de la vida consciente, nos dice Metchnikoff. Tenemos, primero, las tentativas religiosas.

Ha tenido el hombre la tendencia á atribuir á todos los objetos cualidades semejantes á las de él, é idénticos motivos de acción, tendencia que ha recibido el nombre de **animismo**, base de todas las religiones. Se supone que los muertos tienen una vida particular, distinta de la nuestra—idea nacida de las imágenes que se ven en sueños, tomadas por el alma de ellos que permanece inmortal. Por esta causa, los salvajes entierran á sus parientes con toda clase de objetos y, aún, en algunos pueblos, en la tumba de los jefes se sacrifican esclavos y mujeres para que les sirvan en el otro mundo. La idea de la vida futura, agregada á la idea de los dioses múltiples ó de un Dios único, se ha desarrollado con el objeto de satisfacer la necesidad de vivir y de remediar el temor de la muerte, es decir, para combatir la contradicción más grande de la naturaleza humana. Es, pues, preciso averiguar hasta qué punto las diversas religiones han obtenido éxito.

Sólo en las naturalezas primitivas y en algunos fanáticos la fe ciega en la supervivencia ha conseguido vencer el temor á la muerte: en algunos pueblos se acostumbra sacrificar la vida de los individuos que envejecen, muriendo éstos alegremente. Buda pensó remediar los males de la vida con la renuncia de todos los placeres de la existencia y la resignación absoluta. Pero, el budismo primitivo no se conservó; rápidamente se transformó en una religión banal que prometía la vida eterna.

Más, sostiene el autor, esta idea de la inmortalidad no ha po-





AMOROSO INTERMEDIO

dido mantenerse: desde el despertar del espíritu científico en Europa se reconoció que no tiene fundamento serio. El estudio de los fenómenos psíquicos ha demostrado, por el contrario, su estrecha relación con el cuerpo, especialmente con los elementos del sistema nervioso central. Una simple anemia cerebral pasajera basta para aniquilar la conciencia; el mismo efecto producen los narcóticos. Nada ha podido nunca confirmar la idea de una vida futura; en cambio hechos numerosos han venido á contradecirla.

Además de su papel principal de consolar á la humanidad por la inevitabilidad de la muerte, se han preocupado las religiones de otras desarmonías de la naturaleza humana. Siempre han tratado de regularizar el funcionamiento de los órganos de la nutrición y de la reproducción; asimismo, han utilizado ídolos para preservar y curar las enfermedades.

Por su parte, las filosofías han buscado también teorías capaces de resolver el problema de la vida y de la muerte. Muchas de ellas no son otra cosa que dogmas religiosos que se ha querido apoyar con argumentos racionales, fuera de toda revelación.

La vida más allá de la tumba no fué una idea bien asentada en los filósofos griegos y romanos: Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca. Se ve en ellos la indecisión, la duda, y termina, el último, por aconsejar, como Buda, la resignación ante la vuelta á confundirse con la masa general. Marco Aurelio permanece incierto también, pero dice: "La muerte es conforme á la naturaleza. Ahora bien, nada conforme á la naturaleza es malo. (Pensamientos, II, 17). No es propio del hombre prudente manifestar por la muerte desprecio, ni repugnancia, ni desdén, sino esperarla como una de las funciones de la naturaleza. (IX, 3)".

Este escepticismo resignado se borró ante el cristianismo con sus promesas de vida futura, así como la doctrina de Buda. Admitían los filósofos, entonces, los dogmas religiosos como verdades que no se pueden denegar. Estos sistemas idealistas trajeron por reacción la negación de fórmulas basadas en meras especulaciones. El materialismo dogmático y después el positivismo esceptico, redujeron la filosofía de la muerte á la idea estoica de la resignación, de la conformidad de nuestro fin con las leyes de la naturaleza. La resignación absoluta de aceptar sin protesta

alguna el fin inevitable, se convirtió en la última palabra de la sabiduría humana.

Sin embargo, algunas inteligencias independientes no pudieron conformarse con este resultado y ensayaron otra solución al gran problema que preocupa á la humanidad: nos referimos al pesimismo, doctrina filosófica que ha tenido y tiene numerosos adherentes entre los contemporáneos.

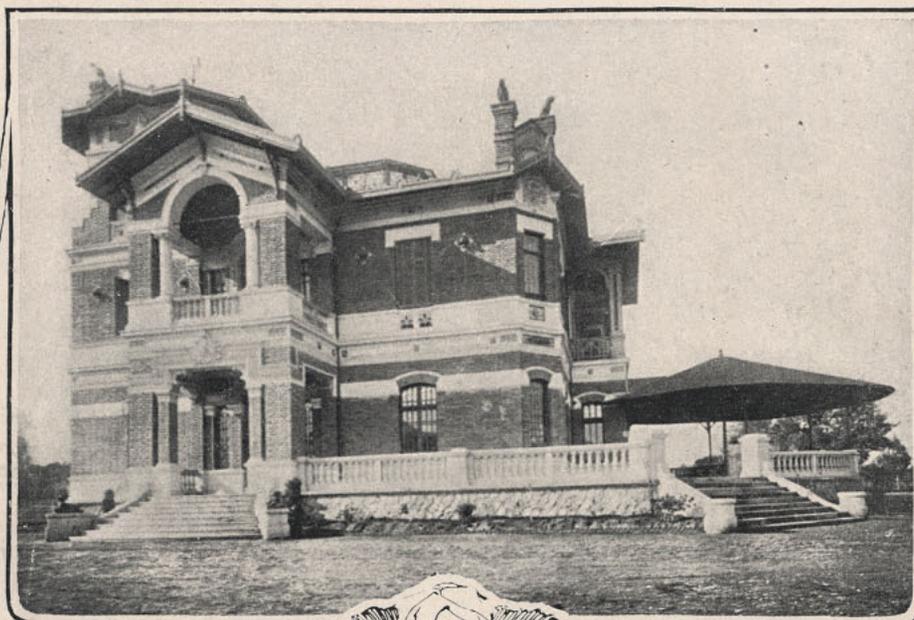
¿Cómo explican éstos el proceso cósmico que, por una parte, termina en la muerte y, por la otra, desarrolla la inteligencia hasta el punto de presentir, de temer un fin inevitable? Para Schopenhauer, lo único eterno es el principio de la vida; el alma es mortal, producto de la función cerebral. "Quien considere, dice este gran filósofo del pesimismo, el nacimiento del hombre como el verdadero comienzo de la existencia, debe necesariamente considerar la muerte como su fin definitivo, pues ambos tienen el mismo significado". Recordando que la naturaleza no se preocupa sino de la conservación de la especie, siéndole indiferentes los individuos, agrega: "deberíamos ponernos de acuerdo con ella y considerar la muerte y la vida como cosas del todo indiferentes". Y siendo nuestra vida sólo una serie de desgracias, la muerte no puede ser sino agradable, y tiene que consolarnos de todos los males de la existencia.

Para otro autorizado representante de la misma tendencia, el sabio de Goettingue, Meyer-Beufey, los actos de nuestra vida dejan rastros tanto más marcados cuanto la vida ha sido más intensa. Esta reunión "de los actos de los individuos con la vida de la totalidad, de la humanidad, constituye la verdadera inmortalidad. Acostumbrar nuestro espíritu á estos pensamientos, representa el único medio posible de vencer al temor de la muerte". (La religión moderna, Leipzig, 1902).

Recorriendo los sistemas filosóficos, que tantos esfuerzos hacen para resolver el problema de la muerte individual, se comprueba que casi todos niegan la vida futura. En cambio, admiten, en su mayoría, la existencia de un principio general, eterno, que debe reunir las almas individuales. Pero, como comprenden que estas ideas tan vagas son impotentes para consolar á la pobre humanidad, que tiene horror á su destrucción, no se cansan los filósofos de predicar la resignación.

(Concluirá)

CHALETS MODERNOS



EL CHALET DE DON RICARDO LYON

(Providencia)

PRESENTAMOS á nuestros lectores diversas vistas del hermoso chalet del señor don Ricardo Lyon en su fundo "Los Leones" en Providencia, y de las dependencias anexas.

El fundo del señor Lyon, que tiene más de ochocientas cuerdas de extensión, forma parte de los linderos de Santiago y colinda con la Avenida Pedro de Valdivia, una de las más bellas avenidas de palacios y de quintas existentes en el país.

En Pedro de Valdivia, campo abandonado y rústico hace algunos años, se han levantado, como por golpe de magia, los edificios más hermosos, de estilo suizo, holandés y americano. Entre ellos hay algunos tan artísticos y pintorescos como los de los señores Horacio Fabres, Carlos Larraín Claro, Roberto y Abraham del Río, y tantos otros que sería largo enumerar.

El paisaje es magnífico. La Cordillera de los Andes se levanta, en el fondo, como una decoración de ópera. Los árboles, ya ercidos, y los jardines, esmeradamente cultivados, parecen nidos de

se ha hecho clásico. Las habitaciones, en muchos de ellos, tienen mobiliario de estilo americano, tan práctico y cómodo.

Allí la vida se desliza blandamente, sobre suaves cojines; el aire es puro y perfumado, el cielo claro y vastos los horizontes.

Numerosas familias han construído allí sus viviendas de placer, refugio contra los calores del verano.

El edificio del señor Lyon es de elegancia sobria y sencilla, de estilo netamente americano, como el de los chalets que tanto abundan en el territorio de la Unión. Ya en Chile se van transformando las antiguas habitaciones de campo.

Se comprende ahora que para obtener toda la plenitud del rendimiento en la vida agrícola es menester que el dueño se encuentre siempre en medio de su fundo.

Nunca, como ahora, ha sido más verdadero el conocido adagio de: "El ojo del amo engorda al buey". Y como los bueyes están tan caros, se apresuran sus dueños á procurar que engorden. Pero el

verdura que alegran el alma. En el interior de las habitaciones reina un *confort* y un lujo que hacen recordar el de las villas de la antigua Roma, en su sibaritismo que



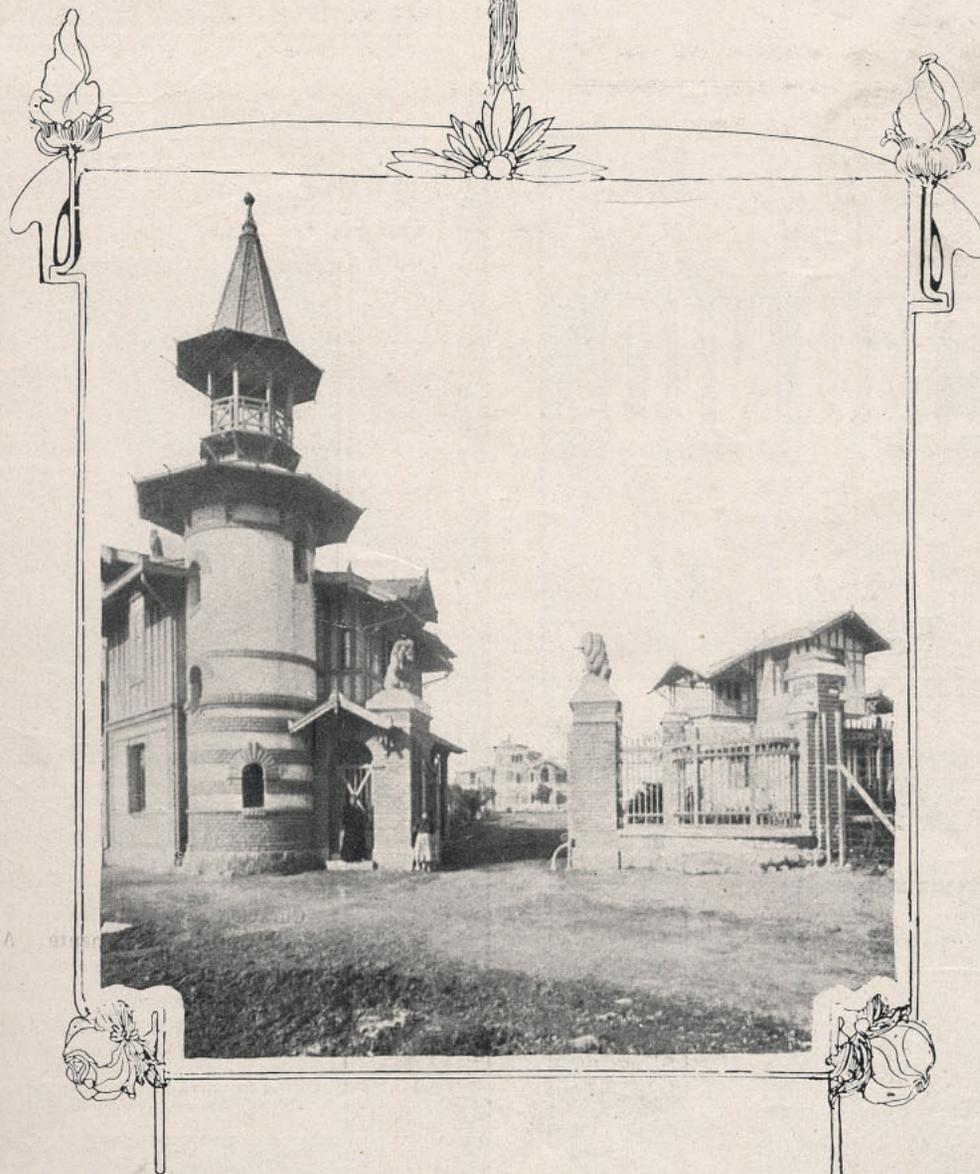
propietario de un fundo, para residir largo tiempo en él, necesita todo género de comodidades. Antes se vivía de cualquier manera, casi animalmente. Ahora, en las salas



de campo hay cómodos sillones de reposo, todos los diarios y revistas ilustradas están sobre la mesa, junto con las últimas novelas del día, que traerán su nota alegre ó sentimental á los espíritus una vez terminadas las pesadas faenas.

La agricultura pasa por una transformación, no solamente en los métodos de cultivo, sino en cuanto se relaciona con las habitaciones y los detalles de la vida.

Haciéndola confortable, en una habitación hermosa y sana, con jardines llenos de flores y parques en donde puedan correr los niños, se borra de la imaginación la imagen de la ciudad, y los hacendados pasan á una vida más fuerte y sana, en la cual las enfermedades y los médicos desaparecen. Esa es la verdadera existencia, apartada del bullicio del mundo y de las excitaciones de los nervios.





Apasionado de profum
 trovo tra n piú soardi
 soavisimi quelli
 della casa Bertelli

F. Schinatarzo
 Salparaiso

**TÉ
 SANTA
 FILOMENA**

*El mejor de los
 tées que se
 conoce*

**TÉ
 DEMONIO
 ES EL
 MEJOR**

OLIVER

STANDARD VISIBLE WRITER, No. 3

**PASTILLAS
 DR. COMAS
 ESTOMACALES**

**PASTILLAS ESTOMACALES
 del DR. COMAS**

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor
P. PEREZ BARAHONA
 Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146
 Santiago

Unico importador para América, **DOMINGO FIGUERAS**, Santiago-Valparaíso.

E.D.

